
VAN S. SMITH
LA MOMIA DE ACERO
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

VAN S. SMITH

LA MOMIA DE ACERO

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Depósito Legal: V. 714 - 1963.
Num. Rgtro.: 817 - 63.

PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA – VALENCIA

CAPÍTULO I

La respuesta de John Spence fue una rotunda negativa. ¡Vaya negocio el suyo, si se redujera a esperar a que llegara de vez en cuando un cliente caprichoso, dispuesto a alquilarle sus helicópteros para dar un paseo hasta ciertas ruinas faraónicas en cualquier distante lugar del desierto!

Spence habría podido explicar cómo los helicópteros eran máquinas muy costosas, a las cuales había que tener continuamente en servicio para poder atender al elevado capítulo de amortizaciones, y obtener al cabo un beneficio en su explotación. Pero en realidad estimó innecesario apelar a toda esta suerte de explicaciones, puesto que tenía una razón más convincente que alegar.

-Lo siento, sólo poseemos cinco helicópteros y todos están dedicados a cumplir el contrato que tenemos con la Compañía Anglo Egipcia de Petróleos.

John hizo esta afirmación mirando a los dos hombres que permanecían de pie ante su mesa. Luego, sus ojos volvieron, como atraídos por un imán, a fijarse en las esbeltas pantorrillas de la joven que ocupaba el sillón junto a la ventana.

Aquella chica parecía hecha ex profeso para dar fe de la veracidad del dicho, que asegura que no hay mujer más bella que la inglesa... cuando de tarde en tarde Dios dispone que alguna de ellas nazca guapa.

-Lo siento -repitió Spence, dirigiéndose ahora a la señorita Bourke-. Vean en las agencias de turismo. Tal vez alguna de ellas encuentre la forma de resolver su asunto.

-Ya hemos estado en todas las agencias de turismo -dijo míster Lederer, enjugándose el sudor del rostro con el pañuelo-. En realidad, ellas nos enviaron a usted.

Era un hombre alto y, pese a sus 60 años, vigoroso y arrogante en lo que cabía. Lucía un poblado bigote blanco y tenía cierto aire marcial que recordaba a Spence al típico militar retirado. Era, en todo caso, un hombre con personalidad propia.

Spence hizo un ademán en el que expresaba a la vez su sentimiento y daba por terminado el asunto. Miss Bourke se puso en pie. Sus grises y bellas pupilas relampagueaban bajo el ala del grueso «salakof» de corcho. No dijo nada, pero en la forma que aplastó el cigarrillo en el colmado cenicero de Spence, había todo el enojo de un deseo contrariado.

-Si es cuestión de dinero... -murmuró míster Noel Busch.

Spence, que llevaba ya nueve años al frente de aquel negocio, había tratado en su vida a gente suficiente para saber distinguir de una ojeada a una persona importante de otra que no lo era. Aquel joven delgado y de anchos hombros, pese a su aire de «sportman» y la ropa cara que vestía,

había llamado muy poco la atención de Spence.

John repuso secamente:

-Por supuesto que es cuestión de dinero. De todo el que dejaría de ganar, y del que tendría que desembolsar si faltase al contrato que tenemos con la Anglo Egipcia de Petróleos.

-¿Quién es el representante en Port Said de la Anglo Egipcia de Petróleos? -preguntó míster Lederer.

-Mister Ullman es el representante en Egipto de esa Compañía, pero no reside en Port Said, sino en El Cairo -contestó John.

-Bien, eso es todo -dijo míster Lederer haciendo un ademán de cansancio-. Perdone si le hemos entretenido su tiempo.

-No saben cuánto siento no poder servirles -dijo Spence poniéndose de pie.

La joven y guapa miss Bourke todavía le lanzó una rápida mirada antes de abandonar el despacho. Parecía como si hiciese a John responsable del retraso que todo ello debía significar en los planes de la expedición.

«Se trata de una expedición científica», había dicho míster Lederer al exponer el objeto de su visita. En otras circunstancias, a Spence no le habría importado cuál fuese la misión del grupo. Estaba acostumbrado a participar en los trabajos más extraños desde que inició su negocio en los helicópteros. Pero en la actualidad tenía un buen contrato con la Anglo Egipcia de Petróleos y apenas se bastaba con todos los aparatos de que disponía para dar abasto a todo el trabajo que pesaba sobre sus hombros.

-Asunto liquidado -se dijo mientras volvía a tomar asiento a la mesa y echaba mano al teléfono.

Generalmente, para Spence, asunto liquidado era sinónimo de asunto olvidado. Muy pronto, en el tráfago de su oficina y los muchos asuntos que tenía que atender, se olvidó completamente de sus visitantes de la mañana.

Para Spence, el enérgico míster Lederer, su sobrino Busch y la encantadora miss Bourke habían dejado de existir aquella tarde, cuando replicó el teléfono y escuchó la voz de Ullman al otro extremo de la línea.

-¿Spence? Soy Ullman. ¿Me atiende?

-Sí, señor Ullman.

-Creo que recibió esta mañana la visita de cierto señor Lederer que deseaba contratar algunos de sus helicópteros para no sé qué expedición científica a Nubia.

-Sí, ¿cómo lo ha sabido? -preguntó John, extrañado.

-Mucha gente importante parece interesada en que el señor Lederer llegue a tiempo para proceder a ciertas investigaciones arqueológicas, antes que la crecida habitual del Nilo cubra las ruinas que se propone explorar y le obligue a retrasar sus trabajos varios meses. En otras palabras, Spence, varios personajes del gobierno han presionado para que le ceda al señor

Lederer, al menos, la mitad de los aparatos que tenemos contratados.

-¿Quiere decir...?

-Sí, eso mismo. Disponga usted de sus dos aparatos más grandes para llevar al señor Lederer y su expedición a Nubia. Trataremos de apañarnos con los tres helicópteros pequeños por lo que dure esa dichosa expedición.

-Bueno, si es que usted está conforme -murmuró Spence, sorprendido a más no poder.

-¡Ah, y cóbrele a Lederer según sus tarifas especiales! La influencia que Lederer pueda tener, no le exime de ser tratado como otro cliente cualquiera. Es más, yo en su lugar aprovecharía la ocasión para apretarle los tornillos.

-Se los apretaré, descuide usted -refunfuñó Spencer. Y antes que Ullman colgara al otro extremo de la línea agregó-: ¡Ah, y no olvide de confirmarme esa autorización por escrito!

Ullman dejó escapar una suave risita.

-Soy yo, Ullman, el que le está hablando por teléfono, no le quepa duda. De todos modos, le daré esa confirmación por escrito que desea.

-Sí, envíemela con Hunt al paso que regresa con los aparatos.

Todavía estaba Spence preguntándose qué resortes habría pulsado Lederer para encontrar ayuda tan pronta y eficaz, cuando sonó el zumbador de la puerta y asomó al despacho la cara mofletuda de Norma Reeder.

-John, aquí están de nuevo los ingleses de esta mañana...

Norma, que era la esposa de Reeder y había permanecido junto a Spence desde los difíciles comienzos de éste en aquel negocio, agregó guiñando un ojo:

-No les he asegurado que estuvieras. Sólo que venía a ver si habías regresado.

-Bien, pues, diles que he regresado y hazles pasar.

La mujer se retiró para reaparecer poco después abriendo la puerta a los visitantes. El acompañante de Lederer era esta vez un hombrecillo de tez cetrina y perfil aquilino, bastante descuidado en su forma de llevar la ropa y con una enmarañada pelambrera gris que le caía por detrás sobre el cuello de la chaqueta blanca.

-Usted me disculpará si insisto -entró diciendo Lederer-. Me decidí a volver después de pensar que las circunstancias podían haber cambiado...

-En efecto, las condiciones han mejorado algo a favor de su proyectado viaje -repuso Spence, sonriendo-. ¿No quieren tomar asiento?

-Permítame presentarle a mi amigo, el profesor Caldwell.

-¿También forma parte de la expedición? -preguntó Spence estrechando la delgada mano de Caldwell.

-¡Oh, sí! El profesor es una autoridad en materia de etnografía. Su colaboración en los estudios que nos proponemos realizar, ha de ser muy

valiosa sin duda alguna. Esta vez estamos detrás de una auténtica pista. Las pruebas hechas con carbono radiactivo demuestran que las ruinas que vamos a investigar poseen cuanto menos nueve mil años de antigüedad. Se trata pues de la construcción más antigua realizada por el hombre, y es posible que esos restos aporten datos importantes sobre uno de los misterios más grandes del pasado de la Humanidad; la transición desde la época paleolítica a la neolítica.

El carácter científico de la expedición tenía poco interés para Spence, el cual preguntó:

-¿Dónde se encuentran esas ruinas? En otras palabras, ¿adónde quieren que les llevemos?

Recorriendo las paredes de la habitación, los perspicaces ojos de Lederer se detuvieron en un gran mapa que colgaba del muro. Poniéndose en pie se acercó al mapa y señaló un determinado lugar con el dedo.

-Éste es, aproximadamente, el lugar.

Spence tomó una regla graduada de la mesa, se acercó al mapa y midió la distancia desde aquel punto a Asuán en línea recta, comparándola después con la escala. El lugar señalado por Lederer se encontraba a más de 300 kilómetros de vuelo desde Asuán, en pleno desierto de Nubia.

-Las ruinas que nos proponemos explorar quedarán bajo el nivel de las aguas del embalse de la nueva alta presa de Asuán, cuando ésta quede terminada dentro de un par de años -explicó Lederer-. No disponemos de mucho tiempo y no podemos perder la mayor parte del que nos queda en largos y penosos viajes. Ese lugar es uno de los más remotos del mundo. No hay para ir allí carreteras ni ferrocarriles. La única forma de llegar hasta aquel sitio es por el río, pero eso nos llevaría muchas semanas. Dada la distancia y la naturaleza de la región, el sistema más indicado de locomoción es el helicóptero.

-Sólo puedo disponer en este momento de un par de helicópteros, los más grandes que poseemos. ¿Es mucha la carga que hay que trasladar allá?

-La carga más importante la constituyen los hombres que habremos de llevar. Luego necesitaremos un servicio casi diario entre nuestro campamento y Asuán a los fines de aprovisionamiento.

-Les costará dos mil dólares diarios el alquiler de esos dos helicópteros.

Era una enormidad. Spence esperaba que Lederer protestara, en cuyo caso estaría dispuesto a rebajar algo. Después de todo, aquello era un negocio y Spence estaba allí para ganar dinero. Lederer demostraba mucho interés. Había que aprovechar la ocasión.

Con gran sorpresa por parte de John, el inglés aceptó sin pestañear.

-¿Está dispuesto a aceptar un cheque por sesenta mil dólares como pago anticipado por un mes de alquiler? Es posible que después del primer mes sólo necesitemos un helicóptero... o acaso ninguno, si nuestro trabajo no

tuviera el éxito que esperamos.

Spence se precipitó a coger la pluma estilográfica de la mesa.

-Vaya firmando ese cheque mientras mi secretaria prepara en un momento el contrato -dijo John.

Salió corriendo del despacho. En la oficina, Norma sacaba una botella de Coca Cola del refrigerador. Spence la cogió por la cintura y giró con ella recorriendo la oficina marcando un tiempo de vals.

-¡Dios mío, qué es esto! -exclamó la mujer-. ¿Un rapto?

John le estampó un beso en la punta de la nariz.

-¡Albricias! La providencia entró esta mañana por la puerta de mi despacho y estuve a punto de despedirla con cajas destempladas. Voy a poder atender al pago del último plazo del «Grane» y a comprar otro helicóptero nuevo. Ponte a sacar humo de la máquina antes que ese viejo chiflado se arrepienta. ¡Acabo de alquilarle dos helicópteros a mil dólares diarios cada uno!

Spence se echó un trago de Coca Cola y volvió al despacho, mientras en la oficina Norma Reeder murmuraba admirada:

-¡Dios mío, qué suerte tienen algunos tipos!

CAPÍTULO II

El lunes, poco después de haber llegado a su oficina, John Spence se encontraba cómodamente arrellanado, con los pies sobre la mesa, examinando un catálogo de helicópteros de la firma «Sykorsky», cuando llamó el teléfono.

-Conferencia desde Asuán -anunció la telefonista desde la central-. No se retire, por favor.

John retiró los pies de la mesa y apartó a un lado el atractivo catálogo. Casi siempre, cuando sus hombres le llamaban desde los distantes lugares donde los helicópteros estaban operando, John tenía alguna mala noticia.

Esta vez fue la voz de Tom Reeder la que sonó en el auricular:

-¡Hola, John!

-Hola, Tom. ¿Qué ocurre? -preguntó Spence con ansiedad.

-Un pequeño percance.

-¡Vaya, por Dios! ¿Qué ha sido esta vez?

-Te hablo desde Asuán...

-Sí, lo sé. Habla rápido. ¿Qué ha ocurrido? -apremió John, impacientándose.

-¿Hizo buen tiempo anoche por ahí?

John estalló como una bomba:

-¡Maldita sea, Tom! No me habrás llamado para hablarme del tiempo, me figuro. ¡Di de una vez qué es lo que pasa! Si lo que pretendes es prepararme para una mala noticia... ¡ya estoy preparado! ¡Preparado para escuchar lo peor!

-No es tan malo como te figuras, John. Anoche hubo en el campamento una tempestad de viento y arena. Al amparo de la oscuridad, alguien se acercó al «Bolster» y casi lo destrozó.

-¿Cómo? -rugió Spence.

-Rompieron una pala del rotor, hundieron a martillazos el capó y causaron algunas otras averías en el motor. Aquí tengo apuntadas en una lista las piezas de repuesto que habrá que traer para reparar el aparato...

-Aclárame esto, Tom -dijo Spence furioso-. ¿Dónde os encontrabais tú y Hunt cuando ocurrió eso?

-Lo siento mucho, John. Sé que tal vez no quieras creerlo, pero la verdad es que con el ruido que armaba la tormenta, ni Hunt ni yo escuchamos nada. ¡Nada, John! Y eso a pesar de que dormíamos cerca en un barracón de madera.

-¿Pero quién pudo hacerlo? ¿Y por qué? -exclamó Spence.

-Es algo que no me explico. La misma naturaleza de las averías causadas en el aparato es de lo más extraña. No se rompe tan fácilmente una pala de rotor.

-Sin embargo la han roto. Tom, ¿has dado parte a la policía?

-Todavía no. Acabo de llegar del campamento y han tardado bastante en darme la comunicación. Pero voy a ver al jefe de policía de Asuán... ahora mismo. Los gamberros que hicieron esto me la tienen que pagar. ¡Seguro!

-Voy a tratar de conseguir un avión y llegar lo más pronto posible con las piezas de repuesto. Llevaré también a Walker. Ahora, díctame esa lista sin olvidar nada...

Media hora más tarde, sin haberse movido de su oficina, Spence ya tenía contratado un avión «DC-3». En su almacén, Spence tenía toda clase de repuestos para los dos tipos de helicóptero que explotaba. Norma se encargó de alistar un ligero equipaje, el cual trajo a la oficina cuando John comprobaba la lista de los recambios, esparcidos por el suelo.

-Está todo completo. Llevadlo a la camioneta y no olvidéis las herramientas -dijo Spence.

-John, aquí está tu equipaje. He puesto dos mudas, un par de pantalones y el «mono» de trabajo -dijo Norma, abriendo el pequeño maletín sobre la mesa.

John abrió el cajón de su escritorio, sacó una pesada pistola y la echó dentro de la maleta, junto con dos cargadores. Luego cerró la maleta, dio a Norma las últimas instrucciones y salió a reunirse con Jim Walker junto a la camioneta.

Poco después, la camioneta entraba en el aeropuerto con Spence al volante y rodaba hasta el avión «DC-3» que, en aquel momento, acababa de aprovisionarse de carburante. La carga de la camioneta fue transferida al avión, Walker y Spence sacaron por último sus maletas y subieron al aparato.

El resto de la tarde y toda la noche fueron un constante volar hacia el sur, siguiendo de cerca el curso del Nilo. Con las primeras luces del alba, el «DC-3» sobrevoló la gigantesca presa en construcción y fue a tomar tierra en el cercano aeródromo de Asuán.

Tom Reeder todavía no había llegado.

Estaba saliendo el sol, Spence y Walker se encontraban tomando café en el bar del aeródromo, cuando reconocieron el familiar runflido de un «Sykorsky S-55». En efecto, poco después el helicóptero se posaba en tierra y Tom Reeder saltaba de la carlinga, seguido de un policía uniformado.

El policía, un sargento, saludó militarmente a Spence al serle presentado éste por Reeder.

-¿Alguna novedad? -preguntó Spence-. ¿Qué se ha sabido de los individuos que destrozaron el aparato? ¿Los cogieron?

-No, señor Spence.

-¡Cómo!

-Nadie vio al que lo hizo. El viento y la tempestad de arena habían borrado esta mañana todas las huellas que pudieran haber quedado en el suelo.

-¿Y eso qué importa? No me parece a mí que sea tan difícil dar con los autores de esa gamberrada. Poco más o menos, puede usted figurarse que se trata de alguien que no nos quiere bien a los extranjeros. Un xenófobo o un grupo de ellos, eso es todo lo que tiene que buscar.

-No es tan sencillo, señor Spence -dijo el policía-. Hay más de un centenar de egipcios trabajando en el campamento. De ellos, por lo menos noventa son xenófobos en grado más o menos agudizado. Usted no tiene la culpa, pero los extranjeros son poco estimados en Egipto desde el incidente de Suez.

-No tiene que esforzarse en hacérmelo creer -dijo Spence con acento de amargura-. Eso es algo de lo que los extranjeros nos damos cuenta cada día. Sin embargo, el gobierno egipcio garantiza la seguridad personal, así como los bienes y propiedades, de los extranjeros en todo el territorio nacional. En el caso presente, una propiedad extranjera, la mía, ha sufrido daños y perjuicios. La Policía al menos debería hacer algo más que sacar simples conjeturas sobre los probables autores de ese atropello.

-Haremos cuanto podamos, señor -dijo el sargento, llevándose los dedos a la visera de la gorra. Y se retiró.

Siguiéndole con la vista, Walker murmuró con desprecio:

-¡Cerdos sarnosos y piojosos! Apuesto a que él mismo es un furioso xenófobo. ¿Con qué gusto va a tratar de castigar a los que son como él?

-Vamos -dijo Spence secamente-. Tenemos que llevar los repuestos desde el avión al helicóptero. ¿Dónde está Hunt?

La pregunta iba dirigida a Reeder, el cual contestó:

-Se quedó en el campamento al cuidado del aparato. Toda la pasada noche hemos estado vigilando, turnándonos en la guardia por si intentaban repetir en el «Crane» la suerte del «Bolster».

Spence, impaciente por llegar al campamento y comprobar por sí mismo los daños sufridos por el aparato, apremió a sus hombres para que se apresuraran. Las piezas de repuesto y las herramientas especiales que traía el «DC-3» desde Port Said fueron transferidas al helicóptero.

Una hora después, el «Sykorsky» se elevaba rugiendo y tomaba rumbo sur volando sobre el río.

La región, totalmente desconocida para Spence, era una de las más secas y desoladas del mundo. El Nilo formaba allí una gran «ese», abriéndose paso a lo largo del valle que se extendía a 300 kilómetros en territorio egipcio y 180 por el Sudán, formando el desierto de Nubia.

Este valle estaba condenado a ser anegado por las aguas del embalse de

la nueva alta presa de Asuán, y con él se daban por irremisiblemente perdidas las joyas arquitectónicas de los antiguos faraones que, poco conocidas por el extranjero, existían en gran número y belleza en este desértico y remoto lugar.

En efecto, volando sobre el río, al atajar en línea recta una gran curva que allí formaba el Nilo, los aviadores pudieron ver poco después un hermoso templo que se erguía, solo y como perdido en el desierto, sobre una colina de dorada arena a pocos metros de la ribera del río.

-El templo de Amada -señaló Reeder, cuando el aparato se deslizaba a baja altura muy cerca del monumento-. El rey guerrero Tutmés tercero comenzó a edificarlo hace cerca de tres mil cuatrocientos años. Fue concluido por su hijo... de cuyo nombre ahora no me acuerdo.

-Pareces muy bien documentado en arqueología -observó Walker.

-Algo acaba por pegarse cuando se frecuenta la compañía de eruditos como míster Lederer y el profesor Caldwell -repuso Reeder riendo.

El estrépito del motor no permitía a los tripulantes del helicóptero sostener una conversación completa, de modo que los tres hombres volvieron a guardar silencio. Hasta que transcurrió un buen rato, Tom extendió su brazo señalando a la derecha.

-Abu Simbel. Lo utilizamos como punto de referencia para llegar al campamento.

A corta distancia del río, Spence vio un peñasco de roca rosácea, una de cuyas caras había sido alisada en una altura de 30 metros para, en ella, labrar cuatro colosales figuras de unos 20 metros, todas sentadas e iguales, aunque una se había derrumbado en parte perdiendo la cabeza y los hombros. El conjunto resultaba de una belleza y majestad singulares.

El helicóptero siguió volando sobre el río, hasta que unas millas más adelante Spence vio achatarse las montañas, separándose éstas para formar una depresión hacia la cual condujo Reeder el aparato.

Mientras remontaban una amplia rambla, las montañas volvían a elevarse por la izquierda y poco después Spence advertía que se encontraban en un ancho valle.

-Hemos llegado -señaló Reeder.

El helicóptero voló de costado, alejándose de la rambla hacia las abruptas alturas que se elevaban formando un semicírculo. De forma parecida a lo que había visto antes, también aquí una cara de la montaña había sido alisada para tallar en la roca una monumental estatua de alguna deidad egipcia.

Pero en contra de Abu Simbel, donde al menos tres de las figuras sedentes se conservaban enteras, aquí apenas quedaban vestigios que dejaban adivinar confusamente las colosales proporciones de la efigie que un día remoto ocupó su vacío sitial. La estatua y buena parte de la pared de

roca se habían derrumbado hacía mucho tiempo. Aquí era donde trabajaba un centenar de obreros egipcios bajo las órdenes de Lederer y el profesor Caldwell.

A corta distancia de las ruinas, varias tiendas de campaña y un par de barracones de madera se desparramaban por una suave ladera salpicada de pardos matorrales. Las abruptas laderas de las montañas, orientadas a mediodía, reflejaban los rayos del ardoroso sol de Nubia.

Incluso antes de haber aterrizado el helicóptero, Spence ya sintió en el rostro el sofocante calor de horno de aquella especie de caldera.

El primero en acudir fue Robert Hunt.

-Hola, John -saludó Hunt-. Sentimos mucho lo ocurrido. Tom te habrá contado cómo no pudimos evitarlo.

-Veamos esos desperfectos -dijo Spence secamente.

El helicóptero estaba unos pasos más allá, protegido de los ardores del sol por una gran lona. La lona fue retirada y Spence examinó el aparato.

La plancha que cubría el motor aparecía machacada y hundida, tal como si hubiese sido golpeada con un mazo gigantesco. Los mazazos que hundieron el capó habían alcanzado al motor causando varios desperfectos de importancia.

Sin embargo, lo que atrajo particularmente la atención de John, fue la pala del rotor, que estaba partida por su mitad. Las palas del rotor quedaban a bastante altura por encima de la cabeza de un hombre, no pudiendo alcanzarse desde el suelo con la mano.

-Es la cosa más extraña del mundo -aseguró Hunt-. Por más que cavilo, no comprendo cómo pudieron hacerlo. Varios hombres tendrían que subirse a una escalera para alcanzar la pala, y luego colgarse de ella hasta romperla.

-Veinte hombres colgados de la punta de la pala, no lograrían romperla -repuso Spence-. Además, si veinte hombres se colgaran de una pala, lo más probable es que volcaran el aparato antes que conseguir romper el rotor. ¿Estaba tumbado el helicóptero en el suelo?

-No. Estaba derecho, como ahora.

-Realmente, es muy extraño todo esto -murmuró Spence. Levantó del suelo una de las dobladas planchas de la cubierta del motor-. Mirad aquí. Parece como si hubieran retorcido la plancha a martillazos. Sin embargo, la pintura no llegó a saltar. Un mazo o un martillo habría dejado muchas señales pequeñas. Por el contrario, sólo se ve un par de señales grandes.

-La portezuela de mi automóvil quedó más o menos así el día que un camión me embistió por un costado -murmuró Walker.

-Algo parecido estaba pensando -dijo John-. Una roca de buen tamaño que bajara rodando de la montaña, o un tronco utilizado como ariete, podría haber causado esta clase de desperfectos. Pero la montaña queda demasiado

lejos... y no se ven árboles por aquí. Tom, ¿en qué estás pensando?

-Pienso en lo que estarás pensando tú. Te aseguro, John, que no ha habido ninguna clase de accidente. Ni una colisión entre los dos helicópteros ni...

-Está bien, Tom -dijo Spence haciendo un ademán-. Vamos a ocupamos de reparar esas averías.

Antes de ponerse a la faena, los aviadores tendieron un toldo sobre sus cabezas como medida de precaución contra los implacables rayos del sol.

Después de permanecer un buen rato junto a sus hombres, Spence se alejó escalando la pendiente hasta el pie de la montaña donde los egipcios trabajaban retirando escombros.

Bajo una gran sombrilla de playa, Lederer examinaba un pedazo de roca con una potente lupa. Junto a Lederer, derrumbada en una silla de lona, miss Rumer Bourke se abanicaba el sofocado rostro. El calor era allí insoportable.

-¿Usted, señor Spence? -saludó Lederer, levantando los ojos.

-Buenos días, señor Lederer. ¿Cómo está usted, miss Bourke? -saludó Spence.

La joven ni siquiera contestó a la amable interpelación del aviador. Apartó en un poco elegante resoplido una crencha del rubio cabello que le caía sobre la frente y continuó abanicándose con furor.

-Hemos sentido mucho lo ocurrido -dijo Lederer-. Después de ese brutal e injustificado ataque contra su helicóptero, me preocupa la actitud de nuestros trabajadores egipcios respecto a los trabajos que estamos realizando. Tal vez ellos piensen que cometemos un sacrilegio al profanar las ruinas de su remota civilización. ¿A usted qué le parece?

-Yo, en lugar de ustedes, no me sentiría demasiado tranquilo en un paraje tan solitario como éste, sobre todo después de anochecido y con toda esa chusma de egipcios fanáticos alrededor.

-Abdul, nuestro intérprete, asegura sin embargo que los trabajadores egipcios están tranquilos y no abrigan ideas tenebrosas, ni respecto a las ruinas que estamos investigando. En otros lugares, casi siempre alguna leyenda imprime su matiz maléfico sobre las necrópolis o el monumento funerario de algún faraón que los investigadores se proponen profanar. Por el contrario, no hay leyenda ninguna acerca de este lugar, probablemente porque de haberla habido alguna vez, ésta se habría perdido en el olvido de un remoto pasado.

-No son ésas las corrientes que corren a través del moderno Egipto. A estos descendientes de los faraones les preocupa poco el pasado de su país. Ellos viven de cara al futuro, el cual materializan en las promesas de esa nueva alta presa de Asuán, la nacionalización del Canal de Suez, la explotación de sus recursos petrolíferos y otras grandes empresas políticas

y económicas que han emprendido ayer mismo. Como ya se está haciendo clásico al comienzo de toda nueva revolución, es necesario hallar un contrapeso que absorba un exceso de energías del pueblo que despierta. Las dificultades con que tropieza la revolución hay que achacarlos a alguien. En Egipto, actualmente, está a la orden del día el odio y el rencor contra los extranjeros. Los extranjeros abrieron el Canal, explotaron las riquezas de Egipto, y ahora se resisten a marcharse y niegan los créditos necesarios para construir la presa de Asuán. Esta xenofobia es lo que se llama ahora «nacionalismo».

-Pues yo creo que a pesar de todo no hay amenaza tangible contra nuestras vidas en la actitud de esos egipcios -dijo la señorita Bourke.

-¿No? ¿Y por qué cree que anteanoche atacaron sañudamente uno de mis helicópteros? ¿No es prueba clara de que hay entre esos egipcios algunos que ven en mis aparatos un ejemplo de la alta técnica extranjera que estos indígenas detestan, solamente porque es el símbolo de la distancia que media todavía entre su país que empieza y los países que marchan a la cabeza del progreso industrial y económico?

-En todo caso, lo único que parece demostrarse es que la persona que estropeó el helicóptero no le quiere bien a usted.

-¿Cree entonces que los daños causados a mi aparato tenían como único fin perjudicarme exclusivamente a mí?

-Muchos de los obreros que tenemos aquí fueron contratados en Port Said. ¿No se le ha ocurrido pensar que alguno de ellos pueda tener un particular motivo de resentimiento contra usted?

Spence contempló un instante a la joven con el ceño fruncido.

-No, no se me había ocurrido. Pero es una posibilidad que voy a examinar ahora mismo pasando revista a sus trabajadores. Si alguno ha trabajado conmigo, sin duda lo reconoceré.

Spence siguió adelante hacia el lugar donde el profesor Caldwell dirigía los trabajos de desescombro encaramado sobre un bloque de granito. Las rocas que en otros tiempos se habían desmoronado de la cara labrada de la montaña, formaban un enorme montón de cascotes, entre los cuales se adivinaba de vez en cuando una arista o un ángulo redondeado, prueba inconfundible de la actividad del hombre al trabajar el mármol en un pasado muy remoto.

Se mirara como se mirase, aquello se parecía más a una cantera abandonada que a un templo o monumento faraónico. Los trabajadores habían abierto una estrecha y profunda zanja, llevando los escombros hacia atrás en carretillas para formar a modo de una trinchera a un lado y otro del angosto paso.

El profesor Caldwell, en mangas de camisa y protegido del sol por un enorme «salakof» de corcho, observó a Spence a través de los gruesos

cristales de las gafas.

-Usted acaso no se acuerde de mí -dijo Spence en vista de las dudas del sabio-. Soy Spence, el mismo que les alquiló los helicópteros.

-¡Oh, discúlpeme! ¡Soy muy distraído, nunca he sido capaz de retener una cara o un nombre de una sola vista! -exclamó el arqueólogo.

-No tiene importancia. ¿Qué es lo que hacen ustedes? -preguntó John señalando a los hombres que hormigueaban arriba y abajo de la excavación.

-Nos abrimos paso retirando todos esos escombros hacia donde suponemos existió una entrada al templo. ¿Ve usted esa especie de hendidura excavada en la montaña? En otros tiempos, hace nueve mil años quizás, remotos artesanos alisaron esta cara de la montaña y esculpieron en la roca una efigie de más de cincuenta metros de altura. La efigie debía estar de pie, y si fue algo más que un simple alarde de un esfuerzo gigantesco, probablemente tenía por misión guardar la entrada al templo que todavía puede existir, excavado en el corazón de la montaña.

Se escuchó en esto una voz que llamaba:

-¡Profesor Caldwell!

Noel Busch salió corriendo de la excavación e hizo excitadas señas moviendo los brazos.

-¡Profesor, venga aquí! ¡Hemos encontrado la entrada del templo!

-¡Oh! -exclamó Caldwell. Y empezó a moverse sobre los cascotes en dirección a la trinchera.

Spence, que nunca había sentido el menor interés por la arqueología, permaneció en el mismo sitio viendo a la señorita Bourke y a míster Lederer corriendo hacia la excavación. Al parecer, el hallazgo de aquella entrada era un acontecimiento del máximo interés para los arqueólogos, tal vez porque con ello se confirmaban sus esperanzas de encontrar en el corazón de la montaña un santuario o una necrópolis antiquísima y probablemente intacta.

¿Un templo dentro de la montaña?

Spence levantó los ojos hacia aquella gran hendidura desde la cual se había desprendido en pedazos el gran coloso de roca.

En este mismo instante hirió los ojos de John Spence un rayo de sol que llegaba reflejado desde la cumbre de la montaña. Fue un deslumbramiento fugaz, tal como si alguien que se encontraba allá arriba le hubiese apuntado con un espejo.

Spence todavía alcanzó a ver un destello situado a gran altura entre las rocas de la cima. Luego, el reflejo se extinguió con igual rapidez que le había herido en los ojos.

El sol sacaba humo de las piedras. Con la cabeza descubierta, John se exponía a coger una insolación. Decidió regresar al campamento.

Poco después llamaba el batintín del cocinero. De las ruinas empezaron a llegar los obreros...

El comedor, al aire libre, consistía de un sombrajo aviado con algunos postes y grandes toldos. A la sombra de los toldos se veía una docena de mesas de campaña, con largos bancos de madera para sentarse. Los egipcios tomaban un plato de un montón sobre una mesa, pasaban en fila ante el caldero del rancho y recibían la comida.

John Spence se encontraba de pie a un lado, escrutando los atezados rostros de los hombres a medida que éstos desfilaban de uno en uno.

Noel Busch y la señorita Bourke llegaron charlando animadamente. La muchacha se detuvo al llegar a la altura de John.

-¿Ha encontrado ya a los autores del atentado, señor Spence?

-No -contestó John-. Pero los encontraré.

Noel Busch apenas se dignó lanzar sobre John una mirada indiferente antes de continuar su camino.

«¿De qué presumirá este tipo?», se dijo Spence para sí.

Los ingleses, siguiendo su inveterada costumbre de no mezclarse con los nativos de raza inferior, tenían su sombrajo-comedor un poco apartado del de los egipcios. Una de las mesas se reservaba para los ingleses. Luego había otra mesa para los aviadores.

El intérprete, un joven egipcio alto y delgado, comía con sus hermanos de raza.

Llenos de animación, los ingleses se disponían a tomar su almuerzo cuando Spence entró en el sombrajo.

-Dígame una cosa, señor Lederer. ¿Qué hay allá arriba? -preguntó John señalando la cumbre de la montaña.

Lederer miró en la dirección que señalaba el aviador, y luego sorprendido a John.

-No sé que haya nada. ¿Por qué lo pregunta?

-¿Nadie ha subido hasta allí?

-Ninguno de nosotros. Esa cima es prácticamente inaccesible.

-¿Pero no para un helicóptero, verdad? Voy a subir allí después de almorzar. Alguien estaba moviendo un espejito desde la cima, y quiero verle la cara al que me deslumbró dándome con el sol en los ojos.

-¿Está seguro de haber visto a alguien en la cumbre de la montaña? -preguntó míster Lederer, intrigado.

-No vi a la persona. Sólo a la cosa brillante que tenía en la mano; un espejo, un pedazo de hojalata u otra superficie reflectora que centelleaba al sol.

-Seguramente fue usted objeto de alguna ilusión óptica -dijo Noel Busch despectivamente-. No es concebible que haya un alma viviente en este remoto desierto.

Spence se limitó a guardar silencio. Cuando al concluir el almuerzo, se puso en pie, Lederer le imitó, diciendo:

-Si de veras va a subir hasta la cima en el helicóptero, yo voy con usted.

-¿Por qué no vamos todos? -propuso la señorita Bourke-. Al menos allí arriba soplará algo de viento. El bochorno es aquí insoportable.

CAPÍTULO III

Al abrir la maleta en busca de la gorra, lo primero que apareció a su vista fue la pistola automática que él mismo había puesto allí al hacer el equipaje.

John la cogió, la metió en su cinturón y siguió buscando hasta encontrar la gorra.

La señorita Bourke, Lederer y Busch venían hacia el aparato.

-¿No viene el profesor? -preguntó John.

-El profesor Caldwell ha encontrado un pedazo de argamasa junto a la entrada del templo y se propone averiguar su edad haciendo la prueba del carbono radiactivo -repuso Lederer.

Los hombres de Spence continuaban en la reparación del helicóptero, pero excepto los ruidos que ellos promovían con sus herramientas, el campamento yacía, bajo el aplomante sol, envuelto en silencio.

En el sombrajo, los egipcios se habían echado sobre los bancos, encima de las mesas, en el suelo y en cualquier lugar donde hubiese un retazo de sombra, para dormir las tres horas de siesta a que tenían derecho antes de reanudar el trabajo después del almuerzo.

-Vamos pues, si están ustedes dispuestos -dijo John.

El estrépito del motor que arrancaba hizo despertar sobresaltados a los egipcios que dormían la siesta.

Rugiendo y haciendo girar furiosamente la hélice, provocando un remolino de polvo, el aparato despegó empezando a elevarse verticalmente hacia el borde de las altas cumbres.

Los helicópteros, en sus frecuentes idas y venidas por el valle, no habían volado nunca seguramente a la altura de las montañas. Éstas, por un efecto óptico, parecían aplanarse a medida que el helicóptero ascendía con rapidez. El abrupto filo del precipicio quedó a la altura de los ojos de los pasajeros y éstos se asomaron con curiosidad a la cumbre de la montaña.

-¡Miren, allí hay unas ruinas! -exclamó de pronto la señorita Bourke.

Exento de sorpresa, casi apenas sin curiosidad, John Spence sostuvo el aparato para echar una ojeada a las ruinas. Éstas se levantaban sobre una angosta meseta de suelo totalmente desprovisto de vegetación, constando de una columnata y varios muros de sillería medio derruidos.

Los agentes atmosféricos; el viento, la lluvia y la erosión, debían haber atacado tenaz y continuadamente el monumento que allí en aquella altura quedaba expuesto a su acción. Varias de las columnas se habían derrumbado, cediendo parte del techo y los muros.

-¡Un templo! -exclamó míster Lederer.

-Alguien se mueve allí -dijo John rápidamente.

En efecto, la aguda y ejercitada vista del piloto acababa de ver una

figura humana que se escurría entre las ruinas.

-¿Puede aterrizar ahí? -preguntó Lederer.

Había suficiente espacio delante de las ruinas. Spencer llevó el aparato volando a ras de la cumbre, hasta inmovilizarlo a menos de ocho pasos de la escalinata que formaba parte de la fachada principal del monumento.

Cerrando parcialmente la llave del gas, el aparato se dejó caer con blando choque de amortiguadores sobre su tren de aterrizaje.

Noel Busch fue el primero en saltar a tierra, seguido de la señorita Bourke y míster Lederer. John se quedó el último asegurando los frenos, pues la señorita Bourke había acertado al suponer que soplaría el viento en la cima.

Soplaba el viento y éste era bastante fuerte. John saltó a tierra para reunirse con el grupo que había quedado detenido al pie de la escalinata observando el suelo. John miró también, y lo que vio, por primera vez, despertó su interés y le produjo sorpresa.

Desde el primero al último escalón, la piedra de éstos aparecía pulida y sensiblemente rebajada por el desgaste, tal como si muchedumbres de adoradores hubiesen transitado la escalera durante siglos para visitar el templo.

-¡Caramba, mucha gente debe haber pasado por aquí! -exclamó admirado-. No se desgastan en cuatro días estos escalones.

-Todo esto es muy extraño -murmuró Lederer.

-¿Por qué?

-Porque, al menos que tengamos noticias, no ha existido jamás una ciudad importante en el valle de Nubia.

-¿Quién sabe? -exclamó la señorita Bourke excitada-. Tal vez encontremos las ruinas de alguna antiquísima ciudad entre estas montañas.

-Quizás este templo no haya pasado de ser una especie de santuario objeto de remotas peregrinaciones -objetó Busch.

Spence, que detestaba los acertijos, sugirió por su parte:

-¿Por qué no entramos en el templo y preguntamos? Me parece una tontería perder el tiempo en conjeturas, cuando acaso encontremos ahí dentro tarjetas postales explicando la antigüedad del monumento y el carácter de la deidad aquí adorada.

Spence no pretendía, ni mucho menos, pasar por gracioso, mas por la furibunda mirada que le lanzaron Lederer y su sobrino, pudo comprender que estaba muy lejos de haber hecho una frase ingeniosa.

-¿Está usted seguro de haber visto a alguien, señor Spence? -preguntó miss Bourke.

John la miró de soslayo, pero ella había vuelto la cara a otro lado. No obstante, por cierta curvatura de la mejilla que veía, Spence creyó que la joven se reía, y ésta fue una idea que le gustó.

-Sí, estoy seguro de haber visto a alguien que se escabullía cuando nuestro helicóptero se elevaba por encima del borde de la escarpa -dijo John.

-Bien, sigamos -dijo míster Lederer secamente.

Spence les siguió por la escalinata hasta la plataforma superior o atrio del edificio, donde yacían los restos de un par de columnas derribadas.

El templo era muy pequeño y el espacio entre los muros no medía probablemente más de un centenar de metros cuadrados.

Extrañó de primera vista a los europeos el orden y la limpieza que reinaban allí. En efecto, varias piezas de piedra del techo se habían desprendido hacía mucho tiempo, pero los restos no se encontraban en el templo.

-Evidentemente, alguien ha cuidado de todo esto hasta hace poco tiempo -observó la señorita Bourke.

Al fondo, contra el muro, se veía una gran base de piedra tallada. Sin embargo no había efigie de dios ni divinidad alguna, ni en el lugar donde lógicamente cabía que estuviera, ni tampoco en parte alguna dentro del recinto del templo.

Y tampoco ser humano.

-¿Dijo usted que había visto a alguien moviéndose entre estas ruinas? -inquirió míster Lederer volviéndose hacia Spence-. Bien, pues no se ve a nadie aquí.

Spence se limitó a encogerse de hombros.

Moviéndose con sigilo casi religioso, míster Lederer se alejó para examinar unos bajorrelieves labrados en los grandes sillares que formaban la base de los muros laterales. La luz del sol entraba por las aberturas del techo, pero el interior del templo era fresco.

Miss Bourke fue a tomar asiento sobre la gran roca plana que en otras construcciones similares solía servir de pedestal al dios objeto de adoración.

Busch fue a reunirse con su tío, quedando John de pie ante la muchacha.

-A usted no le interesa la egiptología, eso es evidente -dijo de pronto la joven mirando a Spence.

-¿Le interesa a usted?

Ella miró hacia Lederer y Busch. Luego sacó el labio inferior haciendo cierta mueca desdeñosa. Animado por esta silenciosa confidencia, que le hacía partícipe de un secreto que seguramente la muchacha guardaba celosamente, John fue a sentarse a su lado sobre la gran piedra plana y sacó del bolsillo una cajetilla de cigarrillos.

-¿Un cigarrillo?

Ella aceptó, tomando uno de los blancos cilindros.

John sacó del bolsillo una carterita de cerillas de las que comúnmente se regalan como propaganda. Debido a que tenía en esa mano el paquete de cigarrillos, la carterita se le escapó de los dedos de John, cayó sobre su zapato y saltó yendo a parar en la ranura existente entre la roca plana y las grandes losas que formaban el piso.

Una de las puntas de la fosforera asomaba. John intentó cogerla, pero la carterita se deslizó dentro de la ranura fuera de su alcance.

-¡Vaya, qué mala suerte! ¿Trae usted encendedor? -gruñó John.

-No.

-¡Hum!

John se puso en cuclillas, hurgando con la uña del dedo meñique en la ranura, aunque sin resultado. Mientras hacía esto, se apoyaba con la otra mano en la piedra. Le pareció de pronto que la piedra se movía. Esto era casi imposible, ya que la dichosa piedra debía pesar por lo menos tres o cuatro toneladas.

-¿Qué demonio...?

Empujó con las dos manos contra un ángulo de la roca. ¡Y la roca se movió con la señorita Bourke encima!

Alarmada, aunque sin comprender del todo lo que ocurría, la señorita Bourke saltó de la losa al piso lanzando un ligero grito.

Lo que ocurría, según Spence comprendió enseguida, era que la pesada losa, de forma rectangular, estaba girando sobre un oculto y bien equilibrado eje.

Al girar, la losa descubrió un hueco en el suelo de aproximadamente un metro cuadrado, en la cual se agazapaba un hombre.

-¡Hola, amiguito! -exclamó John.

El hombre enderezó su doblado espinazo, levantó la rapada cabeza y alzó sus ojos hasta el rostro del americano.

No era ningún mozo. Probablemente no tendría menos de 60 ó 65 años. Vestía una túnica amarilla que dejaba al desnudo uno de sus escuálidos hombros, y le colgaba del cuello por una gruesa cadena dorada un disco brillante, casi tan grande como un plato.

Busch y Lederer acudieron a toda prisa, mirando sorprendidos al anciano que sacaba la mitad de su flaco cuerpo fuera del hueco del piso.

-Después de todo, no me engañaron mis ojos -dijo John-. ¿Por qué te escondes, amigo? No queremos hacerte ningún daño. ¿Te asustaste de nuestro helicóptero?

El anciano se limitó a mirar dignamente la cara del aviador sin pronunciar palabra.

-¿Eres mudo? -gruñó John.

-Es casi seguro que no le entiende -dijo Lederer-. Háblele en árabe.

Spence, que a fuerza de llevar años en el Medio Oriente dominaba

bastante bien el árabe, repitió sus preguntas en este idioma.

Con gran sorpresa suya, el anciano contestó en inglés:

-Bullah ben Barach no tener miedo.

-¿Pues por qué te escondes?

Barach contestó gravemente:

-Cuando occidental en su país recibir visita importuna, ¿qué hacer? Él no contestar a llamada. Fingir que no estar en casa. ¿No es así?

John sonrió tendiéndole una mano.

-Parece que conoces bastante de nuestras costumbres occidentales. Bueno, ¿no vas a salir de ese agujero? Después de todo, ya no puedes seguir negando que estás en casa.

Después de unos instantes de vacilación, Barach aceptó la mano de ayuda que le ofrecía el americano. En todo el flaco cuerpo del viejo no había dos onzas de carne, de modo que no representó esfuerzo alguno para Spence sacarle del agujero.

Mister Lederer se dirigió en inglés a Barach.

-¿Vives aquí?

-Sí -fue la seca respuesta del anciano.

-¿Eres un sacerdote? ¿Cuál es la divinidad a la que rinde culto este templo?

-Ésta es la tumba de Altavirt.

-¿Altavirt? -repitió Lederer sorprendido-. ¿Quién era? ¿Un faraón?

-Altavirt ser padre de los hombres, un gran rey y un dios. Vosotros haber venido a perturbar su sueño. Muchos males caer sobre vuestra cabeza si no cesar profanación de su casa -la serena expresión del rostro de Barach se transfiguraba, brillándole los ojos e iluminándose su cara. Su voz se hacía tempestuosa-. ¡Sacrílegos, dejad en paz a los muertos y abandonad el valle! ¡Marchaos, antes que despierte la cólera de Altavirt y destruya el mundo!

Aquella explosión de cólera confundió a los occidentales, los cuales quedaron mirándole con estupor.

-Este tipo está más loco que un cencerro -murmuró John por lo bajo.

Se escuchó en esto un grito agudo que resonó en los desnudos muros del templo:

-¡Padre!

Todos se volvieron hacia la puerta. Una muchacha acababa de entrar y se detenía encañonando al grupo con una metralleta. Era de estatura más bien pequeña, morena y de grandes y rasgados ojos. Vestía una larga túnica y llevaba sobre la cabeza un manto.

El carácter de esta indumentaria, que era pieza por pieza la misma que usaron las mujeres bíblicas, chocaba con la moderna arma que la joven empuñaba. Ella dijo en buen inglés:

-Padre, apártate de ellos. Y ustedes no intenten ninguna jugada sucia si no quieren que les acribille a balazos.

El viejo Barach iba a separarse del grupo cuando Spence alargó el brazo y le atrapó por el cuello, interponiéndolo como escudo entre él y la ametralladora que se volvía apuntándole.

-No es por nada -dijo John a la muchacha- pero no me gusta que me encañonen con una ametralladora sin que por mi parte me quede la opción de defenderme.

-¡Suelte al viejo! -rugió la joven morena.

Lederer intercedió:

-Señorita, baje esa ametralladora. Su padre no corre ningún peligro. Le aseguro que no les queremos ningún mal. Nosotros...

-Sabemos quiénes son ustedes, y también lo que han venido a hacer al valle -dijo la muchacha con violencia-. No les vamos a matar, pero atiendan un consejo. Reúnan su equipo y sus hombres, suban a sus helicópteros y márchense. Graves peligros se ciernen sobre todos aquellos que pretendan profanar la necrópolis de Altavirt, y esa amenaza caerá fatalmente sobre sus cabezas si persisten en su estúpido empeño de remover esas viejas ruinas.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó Lederer.

-Eso nada importa. Estamos aquí para impedir que esa profanación se lleve a cabo, y utilizaremos todos los medios para evitar lo que podría originar una catástrofe.

-¿Cómo se proponen impedirlo? ¿Utilizando esa ametralladora, tal vez? -preguntó Noel Busch.

-Si yo le dijera lo que está próximo a ocurrir, ustedes no me creerían -repuso la muchacha.

-No les creemos de todos modos -gruñó Busch-. Hemos venido a realizar una investigación científica y no vamos a retirarnos porque un par de chiflados nos amenacen con la promesa de vagos peligros que sólo existen en su calenturienta imaginación.

La muchacha hizo un ademán de abatimiento.

-Ustedes se arrepentirán de no habernos hecho caso. Sólo que una vez hayan desatado la furia de Altavirt, será demasiado tarde para enmendar su error.

-Majaderías -espetó Busch con desprecio. Y volviéndose hacia su tío-: Vámonos, ya hemos escuchado bastantes disparates.

Busch se dirigió hacia la puerta seguido de la señorita Bourke. Lederer se volvió hacia el anciano.

-Me gustaría demostrarte mi amistad brindándote la hospitalidad de mi campamento. Si os dignáis visitarnos, podéis tener la seguridad de ser bien recibidos.

-Marchaos -repuso el viejo-. Es un consejo de Barach, el que sólo quiere el bien.

Lederer siguió a su sobrino y Spence soltó a Barach echando detrás del arqueólogo. Cuando pasaba ante la muchacha, John se detuvo sonriéndole.

-Yo no soy arqueólogo ni tengo que ver con el anatema de ese Altavirt. Vendré a buscarla un día de éstos para invitarla a dar un paseo en mi helicóptero.

La joven se limitó a sacar desdeñosamente su labio inferior.

-Puedo llevarla a cenar a Asuán -agregó Spence-. Desde luego, si promete dejar en casa su peligrosa ametralladora.

La muchacha le volvió la espalda. John lanzó un gruñido y salió.

Mientras bajaban los desgastados peldaños de la escalera eran contemplados por el viejo y la muchacha, desde el atrio. Poco después Spence empuñaba los mandos del helicóptero, el cual se elevó rugiendo para retroceder hacia el abismo y descender lentamente hacia el fondo del valle.

De regreso en el campamento, John fue a reunirse con sus hombres que seguían trabajando en la reparación del helicóptero.

Lederer, su sobrino y la señorita Bourke fueron a reunirse con el profesor Caldwell bajo la sombra del toldo del comedor. Hasta que el batintín llamó a los egipcios al trabajo estuvieron los cuatro comentando acaloradamente el encuentro con Bullah ben Barach y su atractiva hija allá en el templo de la alta cumbre.

Al reintegrarse los obreros al trabajo, Caldwell, Lederer y Busch se fueron con ellos a la excavación. La señorita Bourke permaneció bajo el sombrajo en un sillón de lona, demasiado acalorada para hacer otra cosa que espantarse perezosamente las tenaces moscas que zumbaban a su alrededor.

Hacia la caída de la tarde, John Spence se acercó al sombrajo para llenar de agua del tonel un tosco cántaro egipcio.

-¡Mucho calor, eh! -exclamó dejándose caer en un banco a la sombra del toldo.

-¡Horrible! -contestó la joven-. Como que estaba por ir a pedirles que trajeran aquí uno de sus helicópteros y lo pusieran en marcha a modo de ventilador.

-Dentro de poco vamos a probar de poner en marcha el aparato que nos averiaron. Se acerca usted por allí, y tomará un poco de aire.

-Lo haría, si no detestara el polvo tanto como el sudor y estas asquerosas moscas. El mundo es enorme. ¿Cómo se le ocurrió a usted venir a establecer un negocio de helicópteros en un país tan caluroso y polvoriento como Egipto?

-Estoy en Egipto cumpliendo un contrato con la Compañía Anglo

Egipcia de Petróleos, que es la que tiene alquilados mis aparatos. No puedo ir con mis helicópteros a donde quiera, sino allí donde éstos son necesarios. Por desgracia, la gente sólo echa mano de los helicópteros en aquellos remotos lugares de la Tierra donde la selva, las montañas y el desierto hacen imposible la utilización de otros medios de transporte. ¿Comprende por qué estoy aquí?

-Sí, se comprende. La pregunta correcta debió ser otra. ¿Por qué se ocupa usted de un negocio de helicópteros, y no de otra clase que no le obligue a vivir en desiertos, montañas o selvas vírgenes?

-Para contestar a eso tendría que emplear mucho más tiempo. El azar, las circunstancias, mi pasión por los helicópteros...

Un grito se escuchó interrumpiendo la perorata de Spence. Éste, la señorita Bourke y los mecánicos que trabajaban allí cerca se volvieron alarmados para ver a un egipcio que venía corriendo cuesta abajo desde la excavación.

-¡Dios mío, debe haber ocurrido un accidente! -exclamó la señorita Bourke poniéndose en pie.

El hombre entró en el campamento y se dirigió a la muchacha exclamando en inglés:

-¡Dice el señor Lederer que vaya usted, enseguida! ¡Hemos encontrado una gran puerta de hierro detrás de los escombros!

Rumer Bourke lanzó una exclamación de sorpresa y alegría.

-¡Una puerta de hierro! ¿Entonces estaba en lo cierto el profesor Caldwell...? ¡Vamos, tengo que ver esa puerta! ¿Es muy grande?

-¡Enorme, lo menos mide tres metros de altura! -aseguró el egipcio.

Y los dos echaron a correr dejando plantado y boquiabierto a Spence. Hasta que ellos estuvieron demasiado lejos para oírle, John no reaccionó a la idea que de pronto penetró en su cerebro.

-¡Eh, oigan, ustedes deben estar en un error! ¡Hace nueve mil años no se conocía el hierro, ni siquiera el bronce!

Pero no le escucharon.

CAPÍTULO IV

Aunque maldito si le interesaba la arqueología, John no pudo aguantarse su curiosidad.

En la excavación, los obreros habían suspendido momentáneamente el trabajo y fumaban y descansaban sentados a uno y otro lado de la larga y estrecha zanja. Al fondo de la excavación, contra el muro de la montaña y encaramados a un gran montón de escombros, Caldwell, Lederer, Busch y la señorita Bourke examinaban una superficie oscura que, en efecto, parecía el borde superior de una puerta.

John se encaramó al montón de cascotes, llegando hasta los ingleses.

-La puerta está encajada en un marco metálico -decía Busch a la señorita Bourke.

Al llegar John, jadeando y resoplando, todos se volvieron a mirarle.

-Vea esto, señor Spence -exclamó Lederer entusiasmado-. ¡Es una puerta metálica!

-¿Seguro que es de hierro?

-¡Oh, seguro! -Lederer golpeó la superficie oscura con un martillo-. ¿Qué tal?

-No estoy muy fuerte en arqueología, pero creo recordar de mis años de universidad que el hierro no se descubrió hasta en época relativamente moderna... unos dos mil años antes de Jesucristo o algo así.

-En efecto, así lo asegura una mayoría de los arqueólogos. Pero están equivocados -aseguró Caldwell-. Necesariamente el descubrimiento y la utilización del hierro tienen que remontarse cinco mil años más atrás, aunque quizás ocurriera un hecho que aparentemente da la razón a los historiadores. Se supone que el hierro no apareció en Egipto hasta la mitad del segundo milenio antes de Jesucristo, opinión que se apoya en el hecho de no haberse encontrado armas ni objetos de hierro en las tumbas egipcias anteriores a la Primera Dinastía. Pero he aquí un hecho concluyente, irrebatible. Las pruebas hechas con carbono radiactivo dan para las ruinas de este templo una edad no inferior a nueve mil años. No existe en todo el mundo una excavación tan antigua, ni siquiera en Egipto. Y es natural que así sea, ya que antes de la aparición del hierro en forma de herramientas, los hombres de la antigüedad carecían de medios para cortar y horadar la roca.

-Así pues -objetó Spence- la ausencia de excavaciones en la roca, anteriores a los tres mil años de antigüedad, demuestra que los cálculos sobre la aparición y utilización del hierro son correctos.

-No del todo. Si hasta el año mil quinientos antes de Jesucristo no se había descubierto el hierro, ¿cómo unas generaciones muy anteriores pudieron excavar este templo que tiene nueve mil años de antigüedad?

-¿Están ustedes seguros de la antigüedad de este monumento?

-Sí.

-¿Pues cómo se explica esa contradicción?

-Sencillamente, creemos que aquí, en este valle de Nubia, existió en tiempos muy remotos una civilización superior, la cual conocía el uso del hierro cuando en el resto del planeta todavía no se había efectuado ese paso importante desde la Edad de Piedra a la del Bronce. Por alguna razón que ignoramos y nos proponemos investigar, esa raza superior, que conocía y utilizaba el hierro hace nueve mil años, guardó para sí y conservó durante más de cinco mil años el secreto de un producto que indudablemente debió situarle en un plano de hegemonía sobre todos los demás pueblos circundantes.

-Cinco mil años es mucho tiempo para guardar un secreto, que debió ser, en relación a la época, más importante que el secreto de la bomba atómica en los tiempos actuales -hizo observar John.

-No lo crea. El mundo, en aquellos remotos tiempos, estaba prácticamente deshabitado. La incultura de los pueblos más vecinos, incluso la situación geográfica de la Nubia, debieron colaborar de forma muy eficaz para que esa raza selecta se mantuviera apartada del resto de la población del mundo.

-Muy interesante -murmuró Spence-. ¿Y qué ocurrió después con esa civilización? ¿Por qué no se han encontrado restos de sus ciudades?

-Tal vez nunca lo sepamos -repuso Caldwell-. Mas he aquí algo que bien pudo ocurrir. Esa raza o pueblo, selecto y minoritario, debió ser atacado por sus vecinos. Tal vez sus ciudades fueron arrasadas y, como solía acontecer entonces, todos sus miembros serían pasados a cuchillo, hombres, mujeres y niños hasta su total exterminio. Con esa hecatombe tal vez se perdió el secreto de la utilización del hierro, hasta que fue redescubierto varios milenios más tarde y difundido su uso lentamente por todo el resto de Europa y Asia.

Spence se acercó a la puerta, cuyo borde superior aparecía por arriba de la montaña de escombros recostada contra ella. Cerca había un pico. John cogió la herramienta y asestó con ella un golpe contra la puerta.

Se inclinó para examinar de cerca el débil arañazo que la punta acerada de la herramienta apenas había señalado sobre la superficie del metal. Luego, tirando el pico, se volvió hacia Caldwell y dijo:

-Sin duda ustedes están delirando. Observen que esa puerta está hecha de acero laminado. Seguramente, alguien les ha gastado una broma colocando esta puerta en fecha relativamente reciente. ¿O creen también que esa civilización privilegiada llegó a poseer laminadoras de acero?

Esta inesperada afirmación de Spence cayó como una ducha fría sobre el entusiasmo investigador de los arqueólogos.

-¡Acero! -exclamó Lederer roncamente-. ¿Está usted seguro que esa puerta es de acero?

-Bueno, eso es lo que yo creo -repuso John encogiéndose de hombros.

Y volviendo la espalda al grupo empezó a deslizarse por el montón de cascotes hasta la zanja, por la cual salió a terreno despejado dirigiéndose al campamento mientras reía para sí.

Cuando llegó junto a sus hombres les contó las tribulaciones de los sabios arqueólogos, hundidos ahora en un mar de confusiones gracias a su intervención. Después de reírse un buen rato, Tom Reeder dijo:

-Voy a echar un vistazo a aquello.

Reeder regresó al cabo de media hora.

-¿Qué hacen nuestros amigos? -preguntó John.

-Lederer ha prometido una recompensa, de una libra por cabeza, a los egipcios si desescombran todo aquello y dejan la puerta libre antes de ponerse el sol.

-Bien, nosotros también vamos a terminar antes de la puesta del sol. Y la recompensa será el despido para todos si este aparato no es capaz de volar antes que oscurezca -dijo Spence.

Trabajando activamente en el motor y el rotor, entre los cuatro habían conseguido dejar listo el aparato cuando el llameante disco del sol caía detrás de las montañas donde el valle se estrechaba para desembocar en el Nilo. Los egipcios todavía trabajaban con ardor sacando carretadas de piedra de la excavación. Un mandadero llegó para anunciar al cocinero que la comida se retrasaría hasta que la puerta hubiera quedado completamente libre de escombros.

El motor del helicóptero funcionó y el aparato demostró que podía volar, elevándose y evolucionando para volver a posarse en el suelo.

-Está bien, vamos a comer -dijo Spence.

Después de limpiarse las manos de grasa, los cuatro aviadores estaban esperando la comida bajo el toldo del sombrajo cuando empezaron a llegar los obreros procedentes de la excavación. Para entonces era casi noche oscura y el cocinero procedía a encender las lámparas de gasolina, que pasaron a colgar de los postes que sostenían los toldos.

En último lugar llegaron los ingleses.

-¿Y qué con la puerta? -preguntó Spence cuando la señorita Bourke se dejaba caer suspirando en una silla-. ¿Consiguieron abrirla?

-Hemos retirado todos los escombros que había ante ella. Míster Lederer se propone volarla mañana con dinamita -repuso la joven.

Finalmente todos se sentaron a las mesas. Se hizo de noche por completo. Se levantó un ligero viento que mitigó el bochornoso calor de todo el día. Los egipcios, cansados después de la dura jornada de trabajo, mostraban en general pocas ganas de charlar.

En la mesa de los ingleses el silencio era casi opresor. Fue Noel Busch quien volvió a abrir la discusión al decir:

-Bueno, mañana será el gran día. Volaremos esa maldita puerta y veremos qué se esconde en el interior de la montaña.

La fantasía de míster Lederer se extendió acerca de lo que cabía esperar detrás de la puerta; una necrópolis, la tumba de algún rey cuyo nombre jamás figuró en los anales escritos de la historia del antiguo Egipto... tal vez un templo repleto de incalculables tesoros...

Nadie ponía en duda que, cualquier cosa que se descubriera detrás de aquella puerta, ellos serían los primeros en penetrar en un secreto milenario de inapreciable valor.

Spence, que no había pegado ojo la noche anterior mientras volaba hacia Asuán, se estaba cayendo de sueño cuando decidió irse a acostar. Los pilotos dormían en una tienda de campaña al extremo de una fila de éstas, cerca del barracón de madera donde guardaban algunos bidones de gasolina, herramientas y piezas de repuesto para los aparatos.

Dos noches atrás, la tempestad de viento y arena había obligado a Reeder y Hunt a guarecerse en el barracón, pero la tienda había vuelto a ser montada después. Los helicópteros distaban veinte pasos de la tienda. Spence, que no quería ver repetido el brutal acto de sabotaje contra sus helicópteros, decidió montar una guardia, en la cual se turnarían él y sus tres hombres cada dos horas.

Hunt cogió el rifle y fue a tomar el primer turno.

Tan cansado estaba Spence que cayó en un sueño profundo y casi instantáneo apenas su cabeza reposó en la almohada de espuma de caucho.

Tenía la impresión de haber empezado a dormir hacía un instante cuando escuchó el ruido amortiguado de un disparo. Sin embargo, este ruido no acabó de despertarle completamente. Fue al sentirse rudamente sacudido cuando abrió los ojos y pegó un brinco que le puso sentado sobre el catre de campaña.

La tienda estaba a oscuras, pero escuchó cerca la voz excitada de Bob Hunt:

-¡Levanta, John! Algo ocurre afuera. He oído un disparo.

Hunt salió de la tienda. Spence buscó bajo la almohada, empuñando la pistola automática y saltando acto seguido del catre para lanzarse en pijama hacia la abertura de la lona, por donde llegaba la difusa claridad de la noche.

Un estrépito de metal fue lo primero que John escuchó al salir de la tienda bajo el cielo estrellado. Una terrible sospecha le asaltó. ¡Los helicópteros!

Echó a correr, descalzo, hacia el lugar donde estaban los aparatos. Bajo la vaporosa luz de las estrellas vio la mancha blanca de la camiseta de

Hunt.

-¡Bob!

-Estoy aquí -contestó Hunt.

De nuevo se escuchó el estrépito de hierros. Los dos hombres se lanzaron hacia adelante.

-Creo que han derribado uno de los aparatos -dijo Hunt.

-¡Tom! -llamó John, poniéndose nervioso.

Entonces vio el helicóptero tumbado de lado. La gasolina debía estar derramándose desde el depósito. El aire estaba impregnado del fuerte olor de la bencina. Los pies de John tropezaron en algo. Se inclinó.

Era un cuerpo humano, el de Tom Reeder.

-¡Cuidado, John! -gritó Hunt en el mismo instante.

Spence levantó los ojos. Una gran mole gris se precipitaba sobre ellos. Era un hombre, sólo que por algún extraño efecto visual a John se le antojó un gigante.

Levantó la pistola y apuntó.

-¡Alto o disparo!

No obtuvo respuesta, pero en su lugar oyó un rechinamiento extraño y la voz de Hunt que exclamaba:

-¡Dios mío! ¿Qué es esto?

John tiró del gatillo. Brilló el fogonazo y salió el tiro. En el breve deslumbramiento producido por el fogonazo de su propia pistola, Spence se sintió de pronto cogido, golpeado, levantado y arrojado como una piedra a gran distancia por el aire y lanzado violentamente contra el suelo. El brutal choque contra el piso le dejó momentáneamente aturdido, insensible, ensordecido. El sentido del oído fue lo primero que recobró. Entonces escuchó gritos, rumor de carreras, un alarido espeluznante y el estampido de un disparo. Todo el campamento parecía puesto en pie. Los hombres corrían alocadamente de un lado a otro.

Haciendo un poderoso esfuerzo, Spence se incorporó sobre sus inseguras piernas. Entonces se dio cuenta que había extraviado la pistola. Alguien llegó hasta él. Era Hunt.

-¡John, Dios mío! ¿Estás bien?

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó John, con voz extrañamente débil.

-Ven aquí. Tom... creo que está muerto.

Las brumas que todavía entorpecían el cerebro de Spence desaparecieron como aventadas por un soplo de viento frío. ¡Reeder muerto! Se vio de pie, marchando conducido por Hunt hasta donde yacía el exánime Reeder.

En efecto, Reeder estaba muerto. La mano de Spence, al buscar el latido del corazón, sólo encontró el silencio y la inmovilidad de la muerte. Walker llegó con una lámpara de gasolina. En el campamento continuaban

las carreras, el desorden y el pánico. Lámparas de gasolina y linternas eléctricas se movían de un lado a otro.

-¿Le visteis? -exclamó Walker excitadamente-. Pasó por mi lado como un tren expreso y cruzó el campamento arrollando cuanto había por delante. Era un gigante. ¡Lo menos medía tres metros de estatura!

-Trae aquí esa luz, Jim -dijo Spence.

Un examen más detenido demostró que Reeder no sólo estaba muerto, sino roto como un muñeco de trapo. No mostraba heridas visibles. Sólo un delgado hilillo de sangre le manaba de las fosas nasales.

El locuaz Walker había enmudecido de repente y Hunt murmuró:

-¡Dios mío, cuando lo sepa Nora!

Una rabia sorda se apoderó de Spence. Apreciaba a Reeder. Tom había estado con él en los días difíciles, cuando en ocasiones tuvieron que pasar un día entero sin comer, cuando carecían de techo y eran como dos charlatanes ambulantes en busca de alguien que quisiera utilizar los servicios de un solo helicóptero, pequeño, viejo y poco seguro.

-Buscad una manta para cubrirle -dijo entre dientes.

Se alejó a grandes zancadas volviendo al campamento. La confusión allí era enorme. Varias tiendas estaban tiradas por el suelo. Los hombres iban y venían sin rumbo ni objeto. Finalmente encontró a Lederer en compañía de Busch y la señorita Bourke, todos en pijama. Busch tenía un rifle en las manos y el millonario empuñaba un revólver de ordenanza.

-¿Todos sus hombres se encuentran bien? -preguntó Lederer dando muestras de gran nerviosismo.

-Han matado a uno de mis pilotos, a Reeder -contestó John, con voz sombría.

-¡Oh! -Lederer lanzó esta exclamación y guardó silencio como si no atinara qué más decir. Luego murmuró-: Lo siento mucho.

-Yo también -repuso Spence secamente-. Pero no me conformo con eso. Quiero saber quién lo mató.

-Sabemos lo mismo que usted, señor Spence. Algo... algo muy extraño ha ocurrido aquí esta noche. ¿Usted vio al asesino?

-Sí. Disparé contra él a bocajarro, pero debí fallar el tiro.

-¡Usted también lo vio! -exclamó la señorita Bourke-. Explíquele entonces a míster Lederer cómo era. No quiere creer que ese gigante medía lo menos tres metros de estatura.

-Rumer, querida, no hay hombres de tres metros de estatura, a menos que se trate de uno de esos raros fenómenos que se exhiben en las ferias -dijo Noel Busch entre tierno e irritado.

-Seguramente, medía algo más de dos metros -confirmó John-. Aunque visto a la engañosa luz de las estrellas acaso pareciera más alto.

El profesor Caldwell llegó en este momento seguido de Abdul y un

pequeño grupo de excitados egipcios. Tanto Caldwell como el intérprete empuñaban sendas escopetas.

-Estos hombres aseguran haber visto el fantasma -anunció el profesor.

Abdul rectificó:

-No dicen que fuera un fantasma, míster Caldwell, sino una momia gigantesca.

-¡Oh, ya salió aquello! -exclamó Busch-. Es la misma vieja historia de todos los trabajos de investigación en las tumbas de los faraones. El difunto protesta siempre de la invasión de su retiro apareciéndose a los indígenas. Después de esto, lo correcto es que todos nuestros obreros reclamen su paga para marcharse. ¿Qué me dice, Abdul?

-Que no se equivoca usted, señor Busch. Más de una docena de hombres me ha pedido que reclame a ustedes sus jornales para marcharse.

-¡Ah! ¿Lo ven ustedes?

Mister Lederer protestó:

-¡No pueden abandonarnos ahora, justamente cuando estamos a punto de llegar a la meta de nuestra investigación! Hábleles a los egipcios. Dígales que...

-¿Pero no lo comprendes, tío? -exclamó Noel-. Toda la comedia fue representada justamente para lograr el fin propuesto, que nuestros crédulos egipcios se asusten y salgan corriendo como ratas cobardes. Naturalmente, sabemos quién es el autor de esta escena.

-¿Cómo, Noel?

-Me refiero a aquel viejo chiflado que esta tarde encontramos en el templo, allá en la cumbre de la montaña. Recuerda que nos amenazó de graves peligros si proseguíamos en nuestros trabajos de investigación en las ruinas.

-Pero aquel viejecito enteco no pudo representar el papel de momia gigantesca, a menos que utilizara un disfraz.

Jim Walker llegó en este momento.

-John, uno de los helicópteros está tumbado en el suelo -anunció-. No parece que haya sufrido graves daños, excepto porque la gasolina se ha derramado del depósito. Necesitamos ayuda para enderezarlo.

John se volvió hacia Lederer.

-Esto contesta a su pregunta, señor Lederer. Es cierto, aquel viejo no pudo representar el papel de fantasma. El tipo que anduvo aquí poseía una fuerza extraordinaria. Tumbó uno de nuestros helicópteros. Me lanzó a mí a varios metros de distancia de un papirotazo... y rompió el espinazo a Tom Reeder, dejándole tirado como un guiñapo. No era una momia, de seguro. Pero tampoco era un hombre corriente.

CAPÍTULO V

Al amanecer quedaba apenas una veintena de trabajadores en el campamento. Todos los demás habían tomado el camino del río, animados de la esperanza de ver pasar alguno de los vaporcillos que, irregularmente, prestaban servicio entre Uadi Halfa y Asuán, con trasbordos a lo largo de la ruta.

El amanecer mostró el rostro macilento de los acampados, ninguno de los cuales había vuelto a pegar ojo en el resto de la noche.

Después de desayunar, Caldwell y Lederer reunieron una docena de ayudantes y marcharon con una caja de dinamita a volar la puerta de la supuesta necrópolis. En el mismo momento, John Spence y Jim Walker se elevaban en un helicóptero, ganando altura incesantemente hasta la cumbre de la montaña.

Spence, para quien la muerte de su amigo Reeder había representado un duro golpe, seguía firmemente decidido a encontrar al autor o autores de este asesinato. Y una especie de presentimiento le decía que el viejo Barach no era ajeno al extraño suceso de la noche.

La víspera, Spence se había limitado a alcanzar la cumbre y posar el aparato ante las ruinas del templo. En esta ocasión, John se proponía explorar a la vez la montaña y los parajes circundantes. A él no le asustaban las momias. No creía en cuentos de maldiciones faraónicas ni leyendas de apariciones. El individuo que aquella noche le había golpeado; el que asesinó a Reeder, era un hombre de carne y hueso. No era una persona normal, si se quería. Mas precisamente porque su talla y su fuerza se salían de lo común, tenía la confianza de encontrarlo en algún escondite de la montaña.

El sol irrumpía tras los montes cuando Spence alcanzó la cumbre de la montaña. El helicóptero continuó elevándose, repitiéndose el ya conocido fenómeno de ver cómo las alturas se achataban y aplanaban bajo sus pies. El templo parecía una casita de juguete.

Algo que Spence advirtió enseguida, fue una senda que se dirigía desde el templo, serpenteando en ocasiones entre las rocas, hasta el pie de un risco situado más abajo. Desparramados ante aquella roca se veían varios objetos; un gran mortero de piedra para moler grano, un ánfora, una tosca mesa y un banco también de piedra.

Un poco más abajo, los prismáticos mostraron a Spence una construcción abovedada que tenía adosado el brocal de un pozo; una cisterna para recoger el agua de la lluvia.

John cobró la certeza de que había una cueva bajo la roca, la cual probablemente era utilizada como vivienda por Bullah ben Barach y su hija. Mientras hacía esta observación, el helicóptero continuaba elevándose.

-¡John, mira allí! -exclamó Walker.

Spence apartó los binóculos para mirar a su mecánico.

-¡Allí! -señaló Walker-. ¿Te has fijado en la forma tan extraña que tiene la cima de esa montaña?

John no pudo comprender al pronto lo que el mecánico quería decir. Walker insistió:

-Donde está asentado el templo. Observa el contorno de esa meseta. ¡Tiene las formas de una efigie!

John lo vio entonces. Había que mirar al conjunto para darse cuenta de ello. Una enorme figura aparecía tendida de espaldas en la meseta, los pies cerca del borde del precipicio que caía hacia el valle, la cabeza orientada al norte. Desde la altura a que se encontraba el helicóptero, semejaba una gigantesca momia con los brazos pegados al cuerpo.

Sobre el pecho de este coloso yaciente se levantaban las ruinas del templo. El vientre de la momia era aquella reducida plataforma sobre la cual Spence había posado el helicóptero la tarde anterior.

-¿Ves lo mismo que yo, John? -preguntó Walker.

-Sí, lo veo -murmuró Spence pensativo, sacudiendo la cabeza.

Después de permanecer un rato suspendidos sobre la meseta, John decidió aterrizar para interrogar al viejo Barach. El único sitio donde el helicóptero podía posarse, era el mismo donde aterrizó la tarde anterior.

La muchacha de la ametralladora avanzó hasta el borde de la plataforma del templo cuando el aparato se posaba en el suelo. Pero en esta ocasión no estaba armada.

-Quédate aquí vigilando -ordenó John al mecánico-. Ten la mano sobre el arranque para poner el motor en marcha a la menor señal de peligro.

Saltó a tierra, pero antes de subir por la escalinata se detuvo a examinar el suelo. Parecía de roca, pero no lo era. John supuso que se trataba más bien de una especie de argamasa petrificada por los siglos, la cual seguramente sustituía a la piedra en aquellos lugares donde tuvo que rellenarse el terreno para dar continuidad al contorno de la colosal efigie tallada en la roca. Al levantar los ojos, Spence vio a la muchacha que le estaba observando atentamente desde el final de la escalinata. John subió los escalones hasta donde ella se encontraba.

Antes que ninguno de los dos pronunciara una palabra, quedaron contemplándose fijamente.

-¿Ha vuelto? -dijo la muchacha-. ¿Por qué? Sus vidas corren grave peligro mientras permanezcan en el valle. ¿Por qué no quieren escuchar nuestro aviso? ¡Váyanse!

-¿Dónde está ese hombre?

-¿Pregunta usted por mi padre?

-No, por su padre no, sino por aquel grandullón que esta noche nos

enviaron para asustar a los infelices egipcios. Su «momia» asesinó a uno de mis hombres. Estoy seguro que ustedes lo tienen escondido.

La joven no contestó. Spence subió el último escalón, asió a la muchacha por un brazo y la zarandeó con rudeza.

-¡Hable de una vez!

La chica le miró a la cara, pero no despegó los labios. John gritó retorciéndole el brazo hasta obligarla a caer de rodillas.

-¿Se han figurado que somos niños de pecho a quienes pueden asustar con el coco? Ustedes han cometido un asesinato... ¡Hable de una vez! ¿Dónde han escondido a ese hombre?

El dolor hizo brotar lágrimas de los bellos ojos de la muchacha. Ella, sin embargo, conservó toda su entereza, y no dejó escapar un solo gemido.

-No hay ningún hombre -contestó-. No hay ningún hombre... nadie vive aquí excepto mi padre y yo.

-¿Fue entonces su padre quien anoche bajó al campamento?

-¡No! Mi padre está enfermo... muy enfermo.

John la soltó con brusquedad.

-Hablaré con su padre. ¿Dónde está?

La muchacha señaló con los ojos en la dirección de la cueva que Spence había visto desde el aire. John tomó la escalinata, bajando por ella con rapidez para pasar junto al helicóptero.

Desde la cabina del aparato, Walker le llamó:

-¡John! ¿Dónde vas?

-Espérame aquí -contestó Spence secamente.

La senda que arrancaba del pie de la escalera estaba perfectamente marcada en el suelo. Como la escalera, parecía haber sido objeto de un tránsito constante por espacio de mucho tiempo. Esta senda bajaba por la cintura del coloso, se deslizaba a lo largo del brazo y volvía formando varios escalones por el contorno de la mano para descender en dirección a la cueva, situada a un nivel mucho más bajo.

Mientras marchaba por la senda a grandes zancadas, John volvió la cabeza y vio a la muchacha que bajaba en su seguimiento. No la esperó, sin embargo. Continuando por la senda llegó a la roca, bajo la cual encontró la entrada de la cueva.

-¡Barach! -llamó con voz estentórea. No obtuvo respuesta.

La muchacha llegó en este momento y dijo:

-Entre.

Siguiendo a la joven, John pasó al interior de la cueva, que era espaciosa y fresca. Al acostumbrarse sus ojos a la semipenumbra advirtió el lecho donde el anciano estaba echado. El lecho era ni más ni menos que una especie de hueco en el muro de roca de la cueva.

Barach se incorporó apuntándole con su rígido dedo.

-¡La cólera de Altavirt caerá sobre vosotros y os destruirá! Nadie quedará a salvo de su venganza. ¡Marchaos del valle!

-¿Dónde está ese asesino, Barach? Me refiero al hombre que envió anoche al valle para asustar a los egipcios.

-¡Marchaos, ahora que todavía estáis a tiempo! -continuó gritando Barach-. ¡La destrucción se abatirá sobre el mundo! ¡Nadie puede penetrar en el secreto de Altavirt sin perecer en su cólera!

John comprendió que el viejo deliraba bajo los efectos de una elevada fiebre. Era inútil tratar de interrogarle en estas condiciones.

Separándose del lecho, donde el anciano volvía a caer exhalando un gemido, John paseó su mirada por la cueva. Una manta estaba tendida al fondo a modo de cortina. Empuñó la pistola y se acercó a la manta, apartándola de una manotada.

Nada había allí, excepto un rústico lecho de madera toscamente labrada a golpe de hacha, un banquillo para sentarse y una primitiva lámpara de aceite que colgaba de un clavo del techo.

-Es mi habitación -dijo la voz de la muchacha tras él.

John dejó caer la cortina volviéndose hacia la chica.

-¿Quiénes son ustedes?

-Me llamo Amhalla.

-Su nombre, por sí solo, no me dice nada. ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Cómo pueden vivir en esta soledad... por qué medios y para qué fin? Habla usted perfectamente el inglés. ¿Dónde lo aprendió?

-En Cambridge.

-¿Inglaterra?

-Sí. Estudié allí.

-¿Y luego se vino a vivir a este desierto?

-Nací aquí. Esta cueva es mi hogar, como lo ha sido antes de incontables generaciones de mis antecesores.

-¡Pero eso es absurdo! Una chica como usted, joven, bonita e ilustrada... ¿Siempre ha vivido aquí?

-Excepto los años que estudié en Gran Bretaña.

-¿Y piensa continuar aquí?

-Desde hace miles de años, los Barach sólo han abandonado este lugar para cumplir dos misiones importantes. Ilustrarse en el mundo habitado y buscar un cónyuge para perpetuar la especie y dar hijos que continúen la tradición familiar.

-¡La tradición familiar! ¿Consiste esa tradición en habitar en esta cueva, en este remoto rincón del mundo?

-Sí. Somos los guardianes de la tumba de Altavirt.

Spence se quedó mirándola estupefacto. Aquella chica debía estar completamente loca.

-¿Quién es ese Altavirt? ¿Dónde está su tumba?

-Aquí.

-¿Detrás de esa puerta de acero que míster Lederer va a volar con dinamita?

-Mister Lederer no debe violar esa puerta. Peligra su vida y la de todos cuantos están con él. Trate de convencerle. Dígale que...

Se sintió una leve sacudida del suelo. Luego se escuchó una sorda explosión cuyo eco repercutió largamente entre las montañas. Amhalla se interrumpió, abriendo de par en par sus grandes ojos. Luego se dejó caer de rodillas, levantando sus trémulas manos.

-¡Demasiado tarde! ¡Han forzado la puerta!

Luego empezó a murmurar palabras inconexas en una lengua incomprensible, se inclinó, se sentó sobre los talones y permaneció inmóvil con los ojos fijos en el suelo.

Desde su lecho, el viejo Barach se incorporó lanzando un terrible grito. Una atmósfera de tragedia flotó en el aire de aquella cueva, y esta opresión se hizo tan palpable y real que Spence se sintió acometido de una ansiedad e impaciencia extrañas.

-Volveré -dijo de repente.

Salió de la cueva y echó a correr por el sendero regresando donde le esperaba el helicóptero.

Así que le vio aparecer, Walker puso en marcha el motor del aparato. John trepó a la cabina, empuñó los mandos e hizo elevarse la máquina, volando hacia atrás hasta que quedaron suspendidos sobre el abismo.

Instantes después, John posaba el helicóptero en el suelo y saltaba a tierra. Cerca de allí, Bob Hunt miraba inquieto hacia la excavación. El humo de la explosión se elevaba lentamente en el espacio antes de ser dispersado por el viento.

-Quedaos aquí, voy a echar un vistazo -dijo John a sus pilotos.

Echó a andar con rapidez cuesta arriba hasta la excavación. Al fondo de la trinchera encontró a los ingleses preparándose para entrar en la galería. La puerta de acero había quedado medio hundida, dejando un angosto espacio suficiente para permitir el paso de una persona. Estaban esperando a que se desvaneciera el humo.

-Llega usted a tiempo, Spence -dijo míster Lederer dando muestras de gran excitación-. Posiblemente vayamos a penetrar uno de los misterios más grandes de la existencia del hombre sobre este planeta.

-He estado allí arriba -dijo John-. El viejo y la muchacha han vuelto a anatemizar...

-¡Bah! ¿Quién piensa ahora en eso? Vamos, profesor. ¡Adelante!

Lederer, que empuñaba un rifle, se introdujo por la angosta rendija entre la hundida puerta y el muro de granito. Le siguió inmediatamente

Busch, que llevaba en una mano el rifle y en la otra una lámpara de gasolina. Caldwell, y después Abdul con otra lámpara de gasolina, siguieron a los primeros por el angosto paso.

La señorita Bourke se volvió hacia Spence.

-¿No entra usted?

-Ustedes han conseguido que despierte mi curiosidad por ver lo que hay ahí dentro -contestó John-. Pase usted primero. Yo la sigo.

La muchacha se deslizó de costado por entre la puerta y el muro. Spence la siguió a continuación. Detrás de la puerta se extendía un largo pasadizo de tres metros de ancho por cuatro o cinco de altura excavado en la roca.

Hirió el olfato de Spence cierto olor a polvo y local cerrado, con otro olor vagamente familiar y que no atinó a definir de momento. El suelo de roca estaba perfectamente seco. Varios pedruscos, algunos bastante grandes, debían haberse desprendido del techo en épocas anteriores y sembraban el paso de obstáculos que había de irse sorteando.

Delante marchaban Lederer, Busch y Caldwell alumbrándose con una lámpara, seguidos de Abdul. El ruido de sus pasos despertaba en el techo y los muros extrañas resonancias.

Miss Bourke se detuvo llevándose una mano al corazón. Miró a Spence.

-Voy a hacerle una confesión -murmuró la muchacha en voz muy baja-. ¡Tengo miedo!

-Debería haberse quedado afuera. Más aún, creo que ni siquiera debería haber venido a Egipto. Éste no es sitio para una muchacha como usted.

-¿Dónde cree usted que debería estar?

-¿Quiere que se lo diga?

-Sí -los azules ojos de la muchacha se animaron con cierta luz de desafío.

-Entonces se lo diré. Creo que su lugar está detrás de una máquina de escribir, aprovechando las salidas del jefe de la oficina para cepillarse las uñas, mientras detrás de los cristales cae la espesa niebla de Londres.

Los lindos ojos de miss Bourke centellearon furiosos.

-¿Es así como imagina usted mi ambiente?

-¿No es el propio de usted? -contestó él.

Ella le volvió desdeñosamente la espalda y animó el paso para reunirse con el grupo que marchaba delante. En este momento, los arqueólogos desembocaban en una amplia gruta y el profesor Caldwell dejaba escapar una exclamación:

-¡Una necrópolis!

Spence llegó hasta ellos y miró sobre el hombro a Abdul. El túnel que venían siguiendo se ensanchaba de repente formando una habitación rectangular, con una puerta al fondo. A un lado y otro, de pie contra el

muro, se veía una larga fila de ataúdes de piedra, idénticos en todo a los que se habían descubierto en las antiguas tumbas faraónicas, con la sola diferencia de ser algo mayores; aproximadamente de tres metros de altura todos ellos.

En el centro de esta habitación y en lugar destacado se veía un gran cofre de piedra de dos metros de altura por unos tres de ancho. El polvo cubría el suelo, el cofre y los sarcófagos como una película de blanca y fina harina.

Tan decepcionado se sintió Spence que estuvo a punto de exclamar: «¿Y esto es todo?». Pero guardó silencio.

Fue Noel Busch quien rompió el opresivo silencio de aquel panteón milenario.

-Vean ese cofre. ¿Habrá algún tesoro dentro?

-¿No puedes pensar en otra cosa que no sean tesoros, Noel? -dijo míster Lederer, irritado.

Spence pensó que Lederer también se sentía decepcionado en el fondo, aunque nada decía. Fue el profesor Caldwell quien animándose dio el primer paso, diciendo:

-Bueno, vamos a abrir esos sarcófagos. Siento curiosidad por comprobar si la estatura de las momias corresponde al tamaño de los ataúdes.

El grupo avanzó por la habitación. Busch fue a dejar la lámpara de gasolina sobre la tapa del cofre, de modo que ésta esparcía su luz por toda la gruta.

-Venga aquí, Abdul, traiga esa palanqueta -dijo Caldwell.

El profesor tomó uno de los ataúdes al azar. Mientras Abdul levantaba la lámpara, el arqueólogo introdujo la parte delgada de una palanqueta de acero en la ranura entre la tapa y el cuerpo del sarcófago. Busch continuaba cerca del cofre, cuyo misterioso contenido parecía obsesionarle. Junto a Busch estaba la señorita Bourke, un poco asustada y mirando hacia la salida, como rehusando ver lo que iba a salir del ataúd.

Un poco detrás de Caldwell, de Lederer y Abdul, Spence seguía las maniobras del primero para forzar el sarcófago.

Sonó de pronto un crujido.

-¡Cuidado! -gritó Caldwell.

Abdul se apartó de un salto esquivando la pesada tapa de piedra que caía al suelo. La tapa cayó con estruendo y se hizo pedazos con el golpe, mientras a los fascinados ojos de los violadores aparecía la gigantesca momia envuelta en sus vendas, las cuales sólo dejaban al descubierto el rostro.

Spence había visto momias en diferentes ocasiones desde que estaba en Egipto, pero ninguna se parecía a ésta. Las facciones aplastadas,

carcomidas y apergaminadas de las momias corrientes, estaban reemplazadas en esta otra por una máscara blanca.

Al menos Spence pensó que debía ser una máscara.

-¡Lederer, mire esto! -exclamó Caldwell-. ¡Estamos ante una raza de gigantes!

Aquel extraño olor que John había notado al penetrar en la necrópolis, había ido en aumento con la apertura del ataúd. Ahora pudo identificarlo. Olía a grasa.

Todos los componentes del grupo se habían amontonado en torno a la momia, a excepción de miss Bourke, que seguía manteniéndose a respetuosa distancia. Spence se acercó, señaló al rostro de la momia y comentó:

-¿Es ésa su verdadera cara, o lleva puesta una máscara?

-Sin duda es una mascarilla de yeso que revistió las que fueron verdaderas facciones del cadáver -repuso Caldwell-. Va a verlo usted.

Caldwell levantó la palanqueta que tenía en la mano, asestando un golpe en el rostro de la momia...

CAPÍTULO VI

La palanqueta, apenas tocó el rostro de la momia, hizo brotar una gran chispa azul. Se escuchó un chasquido como un trallazo. El profesor Caldwell fue lanzado a distancia por el aire al centro de la gruta, rodando como un pelele hasta los pies de la señorita Bourke.

La muchacha lanzó un grito de terror, al mismo tiempo que John, Abdul, Lederer y Busch saltaban involuntariamente hacia atrás.

Abdul dejó escapar un grito, soltó la lámpara y echó a correr hacia la salida pegando alaridos. El resto quedó paralizado por la sorpresa unos segundos, que fueron los suficientes para que se derramara la gasolina de la lámpara volcada y empezaran a correrse las llamas por el piso.

Fue Spence el primero en reaccionar ante esta situación de peligro. Sabía que aquellas lámparas eran muy peligrosas, pues casi siempre al incendiarse estallaban como bombas inflamándose sus gases en el aire y abrasando cuanto se encontraba alrededor.

Miró en torno a sí buscando algo para combatir el fuego, pero no lo halló. El fuego se extendía con rapidez por el suelo y llegaba a los pies de la erecta momia, levantando llamas cada vez más altas.

-¡Pronto, salgan de aquí! -gritó Spence-. La lámpara va a estallar.

-¡El profesor Caldwell! -exclamó Lederer.

-Yo me encargo de Caldwell. ¡Salgan rápido! -apremió John con la voz y el ejemplo.

Corrió hasta Caldwell. Éste, afortunadamente, pesaba poco. John lo levantó por los brazos, luego por la cintura y lo puso derecho. Lo cargó sobre sus hombros y salió corriendo detrás de la señorita Bourke, que era la última del grupo que se dirigía hacia la salida.

Las dos lámparas habían quedado en la gruta, pero el resplandor del incendio les alumbraba por detrás el camino, ayudándoles a sortear las rocas y cascotes de que estaba sembrado el pasadizo.

No habían acabado de recorrer el túnel cuando explotó la lámpara, esparciendo un vivo resplandor. Lederer se detuvo. Busch, la señorita Bourke y Spence se detuvieron también.

-Ha pasado el peligro -dijo Lederer agitadamente-. ¿Cómo está Caldwell? ¿Vive?

John depositó a Caldwell en el suelo. Lederer se inclinó y puso su mano sobre el corazón del viejo arqueólogo.

-Vive. La conmoción debe haberle privado del sentido -dijo el millonario levantando los ojos hasta el rostro de Spence-. ¿Qué ha ocurrido?

-Sé lo mismo que usted. Esa descarga eléctrica pudo haber electrocutado a Caldwell.

-¡Descarga eléctrica! -exclamó Lederer-. ¡Eso es imposible!

-¿Qué es lo que usted considera imposible? -repuso John con acritud.

-Es imposible que una momia, que lleva miles de años encerrada en un sarcófago de piedra...

-Abra los ojos y dese cuenta de lo que ocurre, señor Lederer. ¿O no ve que están ustedes siendo víctimas de una burda y estúpida broma?

-¿Broma? ¿Qué quiere decir?

-En cuanto vi esa puerta comprendí que nadie pudo haberla puesto allí hace nueve mil años. ¿A quién se le ocurre? Hace nueve mil años no se conocía el acero, ni el hierro, ni siquiera el bronce. Tampoco solían cargar sus momias de electricidad para tumbar de una descarga a los audaces profanadores de tumbas.

Lederer guardó silencio. Sin duda estaba desconcertado. El profesor Caldwell dejó escapar un gemido. John se inclinó sobre él. El anciano antropólogo estaba recobrando el sentido. Abrió los ojos y miró a las caras que se inclinaban hacia él.

-¿Qué ha ocurrido? -murmuró.

Caldwell, al parecer, despertaba bajo los mismos efectos de aturdimiento que el propio John había experimentado la noche anterior. John recordó el incidente. Verdaderamente, estaban ocurriendo cosas muy extrañas...

-Lleven al profesor afuera -dijo Lederer irritado-. Tengo que volver a esa cámara y ver qué truco encierra esa momia.

-¿No será... peligroso? -balbuceó Busch.

Lederer, por toda respuesta, echó a andar de vuelta hacia la cámara mortuoria. El profesor Caldwell se incorporaba con la ayuda de la señorita Bourke y de Spence.

La curiosidad tiraba de Spence hacia la gruta.

-Voy con él -dijo de pronto. Y echó a andar detrás de Lederer.

En la cámara, el fuego de la gasolina había prendido en los vendajes de la momia. Ésta ardía de arriba a abajo dentro de su ataúd de piedra, desprendiendo porciones de vendaje que iban cayendo al suelo envueltos en llamas.

En el suelo estaba la palanqueta de acero abandonada por Caldwell. Lederer la cogió y avanzó hacia la momia.

-¡Espere! ¿Qué se propone hacer? -preguntó John.

Lederer pareció pensarlo mejor. Se dirigió hacia otro sarcófago, introdujo la palanqueta entre la tapa y la caja y echó abajo con ruido la cubierta de piedra.

La tapa, como la anterior, se hizo pedazos al estrellarse contra el piso. Dentro del ataúd, envuelta en sus vendajes y con su hermética mascarilla blanca, había otra momia.

-Espere, déme esa palanqueta -dijo John.

Sacó el pañuelo del bolsillo, cogió la palanqueta y envolvió con el pañuelo el extremo de ésta.

De esta forma, aislada la palanca, la acercó al fantasmal rostro de la momia. No hubo chispazo ni sacudida. Pero resonó un golpe metálico, como de acero contra acero.

-¡La máscara es de metal! -exclamó Spence.

Asaltado de una súbita sospecha, John atizó un golpe contra el pecho de la momia. Aunque amortiguado por el vendaje, percibió un sonido también metálico.

-¡Hum! -murmuró el aviador.

Se metió por el costado del ataúd y miró detrás.

Había un hilo que salía del fondo del sarcófago y estaba empalmado a otro cable más grueso que corría a lo largo del muro.

-Sí, ya me daba a mí en la nariz...

Puso el hombro contra el ángulo del fondo del ataúd y empujó vigorosamente. El sarcófago sostenido en precario equilibrio sobre su reducido pie, cayó hacia adelante. Un instante quedó sostenido por el hilo. Spence asestó un fuerte golpe con la palanca al cable. Al romperse el hilo brotó un chispazo.

El sarcófago cayó con estrépito al suelo. Del muro quedó colgando el cable delator.

-¿Lo ve usted? La tal momia es un muñeco metálico y estaba conectado con un cable a una red eléctrica.

Rumer Bourke había vuelto atrás hasta la cámara y estaba en la entrada mirando las maniobras de Spence. Éste se dirigió a otro de los sarcófagos, lo palanqueó e hizo saltar la tapa. También en el tercer ataúd había una momia.

-¿Qué significa esto? -exclamó Lederer estupefacto.

Spence introdujo el filo de la palanqueta entre el vendaje de la momia y apalancó. La momia se tambaleó dentro del sarcófago antes que el vendaje medio podrido se rompiera.

Debajo del vendaje apareció una superficie metálica, brillante y aceitada.

-¡Vendas empapadas de grasa antioxidante! -exclamó Spence, sintiendo vacilar sus firmes convicciones de antes.

John experimentó de pronto la sensación de que se espesaba una atmósfera de amenaza. Un escalofrío le recorrió el espinazo al escuchar un suave zumbido que iba creciendo poco a poco. Miró a su alrededor.

Lederer había quedado paralizado en el centro de la cámara. En el pasadizo, Rumer Bourke tenía el rostro tan pálido como las máscaras de aquellas absurdas momias de acero. Un hondo malestar se estaba

apoderando de Spence. Siguió mirando en torno hasta localizar aquel zumbido.

El zumbido salía de aquel pesado cofre que ocupaba el centro de la cámara.

-Señor Lederer, vayámonos... -dijo miss Bourke después de un nervioso carraspeo.

En el corredor resonaban los pasos de Noel Busch que volvía.

Spence se acercó a la gran caja de piedra. Examinando uno de los ángulos descubrió que podía introducir la palanqueta entre las dos pesadas losas que formaban dos de las caras del cofre.

-Maldita sea, no me gusta nada esto -murmuró para sí mientras metía el filo de la barra entre las dos losas y apalancaba.

Casi inesperadamente, toda la cara que daba a la entrada de la cámara cayó hacia afuera descubriendo... ¡un panel de acero repleto de esferas, cuadrantes y luces que se encendían y apagaban!

Un agudo chillido de Rumer Bourke hizo pegar un brinco a Spence espeluznándole. Se volvió desconcertado.

-¡La momia... se mueve!

Desencajada y temblando de terror, la muchacha señalaba con su trémula mano.

Dentro de su sarcófago de piedra, la momia incendiada se estaba moviendo. ¡Extendía sus brazos y desprendía de ellos fragmentos de vendas en llamas que caían al suelo!

Pese a que no era un hombre imaginativo, Spence sintió erizársele los cabellos. En verdad era aquella una escena terrorífica... ver aquella tea viviente salir del ataúd... avanzando un pie... moviéndose con lentos, rígidos y acompasados pasos...

La momia avanzó tres pasos fuera de su sarcófago y se detuvo. Lederer empezó a retroceder hacia el túnel, donde Busch y su novia retrocedían también...

La momia giró de pronto hacia el corredor, volviendo la espalda a Spence...

Algo cayó con estrépito al suelo. John se volvió pegando un respingo. Era una de las tapas de piedra que acababa de estrellarse contra el piso. ¡La momia que había dentro hacía saltar su vendaje con una extensión de brazos!

Otra tapa se separó de su ataúd y se hizo pedazos contra el piso.

¡Las momias estaban saliendo de sus ataúdes!

John empuñó la pistola que llevaba en el cinturón, quitó el seguro y apuntó alto a las espaldas de la momia, que se movía lentamente hacia el pasadizo.

Retumbó el disparo y salió la bala. El proyectil rebotó en las espaldas

de acero de aquel monstruo hacia el techo...

Lanzando un agudo chillido de terror, Rumer Bourke había echado a correr por el túnel hacia la salida; Busch le siguió sin esperar a ver cuál resolución adoptaba su tío.

Lederer retrocedía de espaldas hacia el túnel. Sin apartar la vista del monstruo, el millonario apremió a John.

-¡Dese prisa, Spence... no vaya a quedar encerrado! ¡Apresúrese!

John echó a correr, pasó rozando a la momia y se reunió con Lederer. Los dos corrieron juntos por el pasadizo hacia la rendija de sol que entraba por la obertura de la hundida puerta.

Al irrumpir desde el oscuro túnel a pleno sol, los dos hombres parpadearon enceguecidos. La adaptación fue rápida, John pudo ver al profesor Caldwell descansando con las espaldas contra las piedras que formaban uno de los lados de la zanja. Busch corría desatentamente hacia el campamento. Rumer Bourke, en cambio, permanecía junto al profesor tirando de un brazo de éste.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido? -repetía incesantemente el sabio.

-Vamos hacia los helicópteros -dijo Spence, con voz insegura que extrañó a él mismo-. Esos demonios no tardarán en salir.

Por el suelo de la zanja corría un cable eléctrico. Era el hilo de un deflagrador, el que los arqueólogos habían utilizado para verificar la voladura de la puerta a distancia. John miró la atorada puerta. Tal como ésta estaba de atascada y con su formidable peso, no era tan sencillo sacarla de allí. Se preguntó si las momias vivientes tendrían vigor suficiente para sacar la puerta de su sitio y salir de la necrópolis.

-¿Tienen ustedes explosivos? -preguntó al pálido Lederer.

-Dos cajas enteras de trinitrotolueno. Esperábamos tener que hacer muchas voladuras... están en el almacén.

-Bien, vamos por ellas.

-¿Qué se propone hacer?

-Poner esas cajas aquí y volar todo esto, cegando la puerta.

-¿Nos darán tiempo?

-Tenemos que intentarlo.

Sin esperar la respuesta de Lederer, echó a correr por la zanja.

En el campamento también habían ocurrido cosas. Presos de pánico, los egipcios se habían lanzado al asalto de los helicópteros. Uno de éstos, el «Crane», rebosaba de hombres que se apretaban en su carlinga y hasta en la cabina de los pilotos. Aquel aparato no podría despegar jamás con tan formidable peso.

Además de esto, el «Crane» carecía de piloto por el momento. Obrando muy cuerdamente, Hunt y Walker lo habían abandonado para defender el «Bolster».

Desde la cabina del «Bolster», Hunt y Walker asomaban uno por cada portezuela empuñando sendos rifles.

Spence se hizo cargo de la situación. Habló a los asustados egipcios:

-Tranquilícense, todos podemos escapar en los dos helicópteros si nos comportamos con cordura. Ese aparato no podrá despegar con tanto peso. Tenemos que repartirnos entre los dos helicópteros.

Abdul, encaramado al puesto del piloto en el «Crane», gimió con voz aguda:

-¡Sus hombres no nos dejan subir al otro aparato!

-Bajen de ahí -ordenó Spence con voz tranquila-. Ahora tienen que ayudarnos a llevar los explosivos para volar la puerta de la gruta. Mientras cuatro o cinco de nosotros hacemos eso, el resto se ordenará en los dos aparatos, repartiendo el peso.

Esto parecía bastante razonable. Abdul se apeó y llamó a otros tres hombres. Consiguió hacerse obedecer. Spence corrió hacia el barracón donde estaban los explosivos. Cuando llegaron los egipcios les ordenó coger las cajas. Por su parte tomó un gran rollo de hilo eléctrico forrado, que era lo que necesitaba para alargar el cable del deflagrador.

Seguido de los egipcios, John corrió ladera arriba hasta la excavación. Al entrar en ésta se detuvo para contemplar incrédulo algo que estaba ocurriendo. ¡La puerta de acero humeaba al rojo vivo!

John no podía comprender la razón de la incandescencia de aquella formidable puerta. Sabía únicamente que a poco tardar la puerta se fundiría y las momias saldrían al exterior. Lo que pudiera pasar en este caso, sólo Dios lo sabía. John era incapaz de predecirlo.

Los egipcios se mostraban reacios a seguir adelante. Se detuvieron y dejaron las cajas en el suelo.

-Nosotros nos volvemos a los helicópteros -dijo Abdul.

Spence empuñó la pistola.

-Cojan esas cajas. Les aseguro que si echan a correr disparo contra las cajas y volamos todos. Las momias, la montaña y nosotros con ellos.

Los egipcios cambiaron entre sí una mirada.

-Coged las cajas -dijo Abdul.

Las levantaron y entraron con ellas en la excavación. A 20 metros de distancia, el calor que irradiaba la puerta de acero era achicharrante. De nuevo se detuvieron los egipcios.

-Depositen las cajas en el suelo. Vamos a colocar los fulminantes aquí. Luego arrastraremos las cajas todo lo cerca que podamos.

Abdul era un experto en explosivos. Colocó los fulminantes y los conectó a un extremo del hilo que traía Spence. Los egipcios aprovecharon esta ocasión para, de común acuerdo, echar a correr los tres a un tiempo. Quedaron solos Abdul y Spence.

-¡Esos malditos cobardes! -rezongó John-. Vamos, Abdul. Ayúdeme a llevar las cajas.

Entre los dos levantaron una y avanzaron por la zanja. El calor que irradiaba la puerta les quemaba las pestañas. Spence pensó que sería un verdadero milagro si el TNT no estallaba por efectos del calor y les enviaba a él y a Abdul volando prematuramente en pedazos.

Abdul, acobardado, dejó la caja en el suelo.

-¡Vaya acercando la otra! -le gritó John. Tirando de un asa y retrocediendo de espaldas, John siguió con la caja a rastras hasta que pudo resistir. A tres metros de la puerta abandonó la caja y regresó en busca de la otra.

Repitió la misma operación, pero al final puso la última caja sobre la primera. Luego salió apresuradamente, tomó el rollo y empezó a tender hilo por el suelo. Abdul se llevó el otro extremo. Cerca del campamento se terminó el hilo del rollo. Empalmaron un extremo al del otro hilo y se dirigieron a los helicópteros.

Hunt y Walker habían conseguido distribuir el personal de modo que el peso quedaba adecuadamente repartido entre los dos aparatos. Antes de subir al «Bolster», donde ya estaban los arqueólogos, Spence tendió el deflagrador a Walker, que estaba arriba en la carlinga al lado de la señorita Bourke.

En este momento Hunt ponía en marcha el motor del «Crane». John agitó los brazos, haciéndole señas para que despegase. Walker puso en marcha el motor del «Bolster». Spence trepó por el otro lado y se hizo cargo de los mandos.

Por detrás del respaldo del asiento asomaban las cabezas de Lederer, Busch y el profesor Caldwell. El resto de la cabina estaba ocupado por egipcios que se apretaban unos contra otros.

-Jim, tú apretarás esa manivela del deflagrador cuando yo te dé la señal -dijo Spence. Walker asintió colocando el aparato entre sus rodillas.

Con una portezuela abierta, por la cual colgaba el hilo del deflagrador, el helicóptero se elevó rugiendo en el aire. La considerable carga que transportaba sobrepasaba con mucho los límites de peso permitido por la prudencia.

El «Bolster», pese a todo, se elevó en el aire levantando el hilo.

Volando hacia atrás al mismo tiempo que se elevaba, Spence estuvo calculando la longitud del hilo hasta que se decidió a dar la orden.

-¡Ahora!

Walker empujó la manivela del deflagrador.

El helicóptero se encontraba a unos cincuenta metros de altura cuando se produjo la explosión. Spence hizo volar rápidamente hacia atrás el aparato mientras al pie de la montaña brillaba un fogonazo.

Como proyectados por la explosión de un volcán volaron a gran altura las piedras. La onda expansiva zarandeó al helicóptero. A la explosión siguió el derrumbamiento. Toda una cara de la montaña se hundió con estruendo, provocando un enorme alud que alcanzó hasta el campamento.

-¡Oh, miren! -exclamó Caldwell a espaldas de John-. La voladura ha provocado un deslizamiento de tierras.

Absortos contemplaron los tripulantes del helicóptero el impresionante espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Al desplome parcial de la montaña, seguía un movimiento general de masas, en el que ingentes volúmenes de tierra y de roca se desplazaban rodando hasta el valle.

La montaña, como un castillo de azúcar asaltado por el mar, se diluía en grandes moles de granito que rodaban pendiente abajo entre una gigantesca nube de polvo.

Atónito, como autor que era de aquel fenómeno telúrico, John Spence levantó los ojos hacia la cima de la montaña. Lo que vio le dejó todavía más sorprendido, pues al ceder los farallones cortados a pico y hundirse todo aquel lado de la montaña, iba saliendo hacia el vacío, como la tabla de un trampolín, una masa rígida que resultaban ser...

¡Un par de piernas gigantescas!

Spence soltó una mano de los mandos para frotarse los ojos. Estaba seguro de que aquello no podía ser. Miró de nuevo...

La montaña seguía desmoronándose, socavando la base que servía de lecho a aquella efigie monstruosa. ¡Y las piernas, cada vez más largas, sobresalían sobre el vacío con las puntas de los pies apuntando al cielo!

-¡Gran Dios! ¿Qué es aquello? -oyó exclamar a míster Lederer.

Spence recordó entonces. ¡Aquella efigie yaciente esculpida en la cima de la montaña! ¡No había tal efigie, sino un cuerpo gigantesco revestido de una capa de argamasa! La mesa roqueña sobre la que descansaba el tal cuerpo se hundía... ¡se hundía y exhumaba el cadáver de Altavirt!

Aquella muchacha que tomó por loca, Amhalla, lo había expresado con toda claridad. Eran guardianes de la tumba de Altavirt. ¡Y la tumba estaba allí mismo! La tumba era un delgado revestimiento de cemento sobre la cual se había construido el templo...

Bajo un estado de estupor como jamás había sentido, Spence asistió con ojos espantados a la consumación de aquel fantástico accidente. Cuando el gigantesco cuerpo quedó medio fuera de la meseta, su mismo peso debió desmoronar parte de la meseta. Entonces, la parte que sobresalía rígida fuera de la meseta venció al resto del corpachón. Como un tronco que se apoya por el centro en una piedra, los pies de Altavirt se hundieron y el torso y la cabeza se levantaron.

El efecto fue el mismo que si aquel monstruoso ser se enderezara con la rigidez de un tablón. El templo se desmoronó y rodó por el vientre de

Altavirt para, finalmente, precipitarse al vacío. El «cadáver» resbaló por una pendiente de más de cien metros de altura formada por el corrimiento de tierras, se deslizó hacia abajo como por un tobogán y desprendió con las sacudidas la costra de cemento que le revestía.

Cuando Altavirt llegó con sus pies al fondo del valle, la cabeza quedaba cincuenta metros más arriba y todo el formidable corpachón descansaba reclinado en un ángulo de 45 grados contra la nueva y empinada ladera de la montaña, fantásticamente velado por la nube de una pesadilla.

CAPÍTULO VII

Todavía en sueños John pegó un grito, y su propio grito le despertó. Su primera sensación fue de un gran alivio, pues se encontraba sentado en una cama y tenía sobre sí un techo. Sobre un velador había encendida una lamparilla esparciendo una luz suave y rosada. Miró a su alrededor. ¡Pero aquella no era su habitación!

-¿Dónde...?

Recordó de pronto. Una toma de tierra precipitada con las últimas gotas de gasolina... Asuán... un jefe de Policía atezado e incrédulo... un grupo de ingleses hablando todos a la vez e incoherentemente...

¡No era una pesadilla! En sueños acababa de revivir la escena culminante de su increíble aventura, pero el sueño sólo era un efecto de la tremenda impresión recibida. Aquel techo era el de una habitación en el hotel del mismo aeropuerto de Asuán. Había tomado un sedante para tranquilizar sus nervios y dormir un rato, dejando a Lederer y Caldwell que se las entendieran con el jefe de Policía...

Su reloj de pulsera estaba sobre el velador. Alargó la mano y lo cogió. Eran las seis. ¿De la mañana, quizás?

Unas rendijas de luz se filtraban por las persianas, pero esto no significaba nada. En aquella época del año, en el sur de Egipto, era de día lo mismo a las seis de la tarde que a las seis de la mañana.

John saltó del lecho, donde se había echado medio vestido, fue hasta la ventana y levantó la persiana.

Era por la tarde. Desde la ventana vio sus dos helicópteros posados en la pista de cemento junto al hangar. En la habitación repicó el timbre del teléfono. Volvió hasta la cama, se sentó en el borde de ésta y descolgó el aparato.

-¿Mister Spence? Le habla el Capitán Musselmah, comandante de la policía local.

-Soy yo mismo, Capitán. ¿Qué ocurre?

-Necesito utilizar los servicios de uno de sus helicópteros, pero sus hombres aseguran que no pueden prestar ese servicio sin previa consulta con usted.

-¿De qué se trata?

-Usted vino con esos ingleses, de modo que debió ver también ese gigante que dicen brotó de la montaña y es tan grande como un rascacielos.

-Sí, le vi.

-¡Hum! Después de escuchar a tanta gente diciendo lo mismo ya no puedo creer que todos ustedes se hayan vuelto locos al mismo tiempo. Pero necesito ver a ese... a ese lo que sea, para cerciorarme por mis propios ojos antes de enviar un parte que luego pudiera situarme en una posición

ridícula... usted ya me entiende.

-Le entiendo perfectamente. Usted quiere que le lleve hasta el valle para comprobar por sí mismo la existencia de ese monstruo.

-¡Em... ejem! Sí, eso es. ¿Puede llevarme en uno de sus helicópteros?

-No puedo negarme, me figuro. Son las seis de la tarde. Si despegáramos dentro de diez minutos todavía llegaríamos allá con suficiente luz para ver... para ver «eso».

-De acuerdo, estaré ahí en cinco minutos.

Descalzo y con el musculoso torso desnudo, Spence pasó al cuarto de baño. El agua del grifo estaba repugnantemente caliente. Se lavó, se peinó las rubias crenchas y volvió por los zapatos y la camisa.

Cuando el comandante de policía del puesto local llegó en un «jeep» precedido del aullar de una sirena, John Spence ya estaba junto al helicóptero viendo cómo echaban gasolina al tanque. Musselmah, un egipcio alto y fortachón, vino a grandes zancadas seguido de un sargento.

-Terminaremos de repostar y saldremos enseguida -dijo John.

Diez minutos más tarde volaban sobre la presa en construcción y seguían sobre el río a toda la velocidad que era capaz de desarrollar el aparato. El sol descendía con rapidez hacia el horizonte y Spence había cruzado una apuesta con el astro a que alcanzaría Abu Simbel antes de que aquél hubiera extinguido su último rayo.

Spence perdió la apuesta. El sol se ocultó tras las montañas y todavía se encontraban a cincuenta kilómetros de Abu Simbel. A pesar de esto, John esperaba que quedara suficiente luz para que el capitán Musselmah pudiera ver a Altavirt...

Unos minutos más tarde, la aguda vista de Spence veía algo que le obligó a parpadear.

-¡Oh, no es posible! -exclamó.

-¿Qué es aquello? -chilló el capitán Musselmah, señalando hacia adelante.

Alguien se acercaba por la orilla del río. Ese alguien se movía con lentos y acompasados pasos, y también con cierta rigidez, que le daba cierto aire de envaramiento torpe y desmañado. Parecía que estaba casi al alcance de la mano, delante mismo de la proa del helicóptero, y debido a lo engañoso de las medias tintas del atardecer se recibía la falsa impresión de que uno iba a embestir contra el solitario caminante...

Impresión falsa, porque el caminante se encontraba todavía lejos cuando Spence lo vio por primera vez. Lo que parecían pequeños montículos al lado del gigante eran, en realidad, cerros y colinas, y a medida que el helicóptero avanzaba, aquel ser monstruoso crecía y crecía...

Casi sin aliento, Spence dijo señalando con la cabeza:

-Bueno, Capitán. Ahí le tiene usted.

-¿Cómo dice? -chilló Musselmah.
-Nuestro amigo, el gigante... ése es.
-¡Pero si viene andando!
-Eso parece. Fíjese bien. Yo he visto hoy demasiadas cosas para dar crédito a mis ojos.
Musselmah guardó estupefacto silencio. Su atezado rostro aparecía de color terroso. Sus ojos se abrían más y más a medida que el aparato acortaba la distancia, su nuez subía y bajaba acusando cierta dificultad en la operación de tragar saliva...
El sargento de policía, sentado entre Spence y el capitán, chilló agudamente:
-¡Vamos rectos hacia él!
Spence volaba apenas a 50 metros de altura sobre el río. El coloso estaba ya cerca cuando, mecánicamente, John desvió la máquina hacia la derecha. Ahora podía ver bien al gigante. Su altura vendría a ser como la de un rascacielos de 20 pisos. Era, o al menos parecía ser, metálico; Spence no imaginó siquiera que pudiera ser de alguna otra materia. En su forma era lo más aproximado posible a un ser humano, aunque como era natural carecía de musculatura.
-Un robot -pensó John-. ¡Es un robot!
El robot se había detenido. El helicóptero se deslizaba por su lado y el gigante mecánico volvía su cabeza.
No era una cabeza humana ni probablemente pretendía parecerse a esto. La cabeza era una simple esfera de acero, brillante, lisa a excepción de dos grandes tubos que se proyectaban hacia afuera como dos telescopios en el lugar correspondiente a los ojos.
A cada lado de esta esfera, como oídos, el robot presentaba la particularidad de ofrecer sendas antenas curvadas idénticas a las del «radar». El conjunto era grotesco y terrorífico a la vez. Mientras el helicóptero giraba en torno al coloso, éste giraba en el mismo sentido su enorme cabezota sin dejar de apuntarles con sus tubos de gran diámetro. Cuando éstos seguían al helicóptero hubo un momento en que reflejaron el rojo resplandor de las nubes, lo cual vino a apoyar la sospecha de Spence de que se trataba de las lentes de un sistema telemétrico a través del cual eran atentamente observados por el robot.
-¡Vámonos de aquí! -exclamó de pronto el capitán Musselmah.
Spence no se hizo repetir la orden. Enfiló su aparato al norte y abrió completamente la llave del gas para volar rápidamente de regreso a Asuán.
Era completamente oscurecido cuando pasaron sobre los focos de la presa, en la cual el trabajo seguía ininterrumpidamente las 24 horas del día. Después de posar el aparato en el aeródromo y parar el motor, Spence preguntó a Musselmah:

-¿Y bien? ¿Cuál será el informe que dé a su gobierno después de lo que ha visto?

Musselmah contestó:

-Me tomarán por chiflado, estoy seguro. ¡Va a costarme un trabajo enorme convencerles de que ese monstruo existe realmente! ¡O tal vez no consiga convencerles!

Spence era esperado en la pista por Hunt y Walker. Éstos le informaron de haber cumplido su encargo de acomodar el cadáver en un ataúd para remitirlo a Port Said vía aérea.

-¿Habéis notificado a Nora lo ocurrido? -preguntó John.

Ellos movieron negativamente la cabeza. Por supuesto, dejaban aquel embarazoso cometido a su patrón para que éste lo resolviese a su manera. Reeder había sido su empleado.

Irritado, Spence se encaminó al hotel para pedir conferencia telefónica con Port Said.

La línea estaba ocupada.

Cuando salía de la cabina telefónica se dio de manos a boca con Lederer y el profesor Caldwell que llegaban del comedor.

-¿Voló usted de regreso al valle llevando al jefe de Policía?

-Sí. El Capitán Musselmah está telefoneando a El Cairo en este momento, siendo seguro que tendrá empleada la línea varias horas hasta convencer a una escala completa de sus superiores de que el robot existe realmente... y viene río abajo dando zancadas de siete leguas.

Caldwell y Lederer quedaron mirándole con la boca abierta.

-¿Bromea usted? -preguntó Lederer.

-No, por cierto. Acabo de ver a esa monstruosidad a la altura de Abu Simbel marchando por la orilla del río como en un paseo campestre.

-¡Se mueve, entonces!

-He calculado que da una zancada cada tres segundos, o sea veinte cada minuto. Como que en cada paso avanza alrededor de quince metros, marcha a razón de trescientos metros por minuto, o sea dieciocho kilómetros a la hora. En doce horas habrá recorrido doscientos kilómetros, y dentro de veinticuatro horas le tendremos aquí... si es que nada le detiene.

Caldwell y Lederer cambiaron entre sí una mirada de estupor.

-¡Es imposible! -exclamó Lederer.

Caldwell clavó sus agudos ojos en la cara de Spence.

-¿Estaría usted dispuesto a volar de nuevo a Abu Simbel llevándonos a míster Lederer y a mí?

-¿Volver allá? ¿Para qué?

-Sólo para ver «eso» y convencernos por nuestros propios ojos de que realmente se mueve.

-Se mueve, pueden fiar de mi palabra. Es un robot, o sea una máquina

moviéndose por control remoto. Claro que, si se empeñan, puedo hacer que mis pilotos les lleven, pero mi consejo es que esperen a mañana. De todos modos, no podrán ver mucho en esta oscuridad... y el robot no va a desvanecerse de aquí a mañana -Spence se detuvo como dudando, para añadir con énfasis-: ¡Ojalá desapareciese!

Los dos hombres guardaron sorprendido silencio. Míster Lederer murmuró con acento de la más viva incredulidad:

-¡Un robot! ¡Y ha permanecido enterrado durante miles de años, desde que el hombre construía sus puntas de flecha de pedernal!

Spence pegó un respingo.

-¿De modo que todavía siguen ustedes empeñados en su idea de que aquellas ruinas y todo lo que había dentro tienen miles de años de existencia? ¿No sería más razonable y creíble que esos robots, las momias y el gigante, son producto de nuestra moderna técnica y sólo llevan enterrados menos de una docena de años?

-Todavía no ha construido nadie en la Tierra un robot de cincuenta metros de altura que se mueve y dirige por sus propios medios -exclamó el profesor Caldwell-. En cambio, nadie sabe si ha existido una anterior civilización que pudo desarrollarse en este planeta hace diez, quince o veinte mil años.

Ahora le tocó a Spence el abrir de par en par sus sorprendidos ojos.

-¡Oh, no! -exclamó-. Antes creería que los habitantes de Marte u otro planeta cualquiera vinieron a visitarnos hace diez mil años y nos dejaron en el valle de Nubia una muestra de su superior técnica dedicado a la posteridad.

Las azules pupilas de Lederer se dilataron bajo la impresión de un nuevo sobresalto. Se volvió hacia Caldwell y exclamó:

-¡Hombres de otro planeta! ¿Se da usted cuenta, Caldwell?

-¿Cómo dice?

-Hombres de otro planeta. ¡Ésa podría ser la respuesta a todas las preguntas que nos venimos haciendo!

-Usted delira, señor Lederer. No poseemos el menor indicio que demuestre...

-¡Sí, tenemos un indicio! -rebatió Lederer-. Nos consta, porque todos los arqueólogos coinciden en ello, que hace nueve mil años se desconocía la existencia y utilidad del hierro. Sin embargo, hace nueve mil años que hombres provistos de herramientas de hierro tallaron una monumental efigie en la ladera de una montaña y horadaron la roca excavando una cámara mortuoria. Una obra semejante no pudo realizarse golpeando el granito con picas de pedernal.

-Usted conoce mi teoría acerca de la existencia de una civilización superior, que floreció en la Nubia y posteriormente desapareció dejando a

sus vecinos ideas y concepciones revolucionarias que estimularon el desarrollo de otra brillante civilización: la egipcia.

-Usted tendrá que reconocer conmigo que tal teoría es imposible después de nuestros últimos descubrimientos. La raza que suponíamos superior al resto de la humanidad en algunos ligeros matices, era mil veces más adelantada en conocimientos y en técnica a la civilización terrestre de entonces... aproximadamente igual a la nuestra actual. Difícilmente se concibe que una civilización semejante se haya desarrollado en un reducido valle de Egipto sin que su progreso se extendiera al resto del mundo que todavía entonces vivía en el más puro primitivismo. Por el contrario, todo sería razonablemente admisible si aceptáramos la posibilidad de que habitantes de otro mundo, portadores de una civilización superior, llegaron a la Tierra hace diez mil años y crearon una pequeña colonia... Una colonia que más tarde, por ignoradas circunstancias, abandonó la Tierra sin dejar otro rastro que esos robots enterrados, máximo exponente de una técnica a la cual nosotros nos estamos aproximando en la actualidad. Esos seres de otro mundo dejarían abandonadas sus ciudades, que más tarde serían arrasadas y saqueadas por sus atrasados vecinos. El salto desde la edad de piedra a la edad de los metales pudo tener como origen la presencia de esa humanidad extraterrestre. Y entonces, podríamos comprender cómo en sólo cinco mil años la Humanidad ha avanzado de un poderoso salto, en contraste con el atraso en que ha vivido durante sus cuarenta mil años anteriores de existencia.

Caldwell inclinó la cabeza, entregándose por espacio de un minuto a profunda meditación. Cuando levantó de nuevo los ojos, éstos le brillaban excitados a través de los cristales de sus gafas.

-¡Esta vez estamos sobre la verdadera pista, señor Lederer! En efecto, esta nueva teoría pulveriza todas las anteriores y da la única clave posible a la solución del problema. Es lógico, completamente razonable, que la atrasada humanidad terrestre haya recibido un impulso repentino y vigoroso hacia el progreso debido a la influencia de una civilización en pleno desarrollo. Si después de esto pudiésemos obtener datos más precisos sobre la época en que ocurrieron esos hechos, cuál era la procedencia de aquella raza y noticias más exactas sobre su presencia aquí en la Tierra, habríamos descorrido de una vez el velo que encubre uno de los mayores misterios de nuestra prehistoria.

-Tal vez haya alguien que pueda facilitarles esos datos -apuntó Spence.

Caldwell y Lederer quedaron mirándole con interés.

-Me refiero a Bullan ben Barach, el viejo que encontrarnos en el templo de la cima de la montaña.

-¿Aquel viejo loco? -exclamó Lederer incrédulamente.

-No tan loco como le suponíamos. Él predijo todo lo que iba a ocurrir si

persistíamos en nuestro propósito de profanar la necrópolis subterránea.

-¿Cree usted que Barach conocía la existencia de aquellas momias detrás de aquellos escombros que ocultaban la puerta?

Caldwell habló y dijo:

-Probablemente el derrumbamiento de la efigie que sepultó la entrada a la necrópolis ocurrió hace cientos de años, mucho antes que naciera Barach. Éste pudo tener un conocimiento vago e impreciso de lo que ocultaba la necrópolis a través del relato transferido verbalmente de padres a hijos y de una generación a otra, pero no es probable que haya pisado jamás la tumba de las momias. De todos modos sería interesante interrogar al viejo y a la muchacha... si es que se salvaron del derrumbamiento y podemos encontrarles.

-Yo creo que sé dónde están ahora -dijo John.

-¿Sí? -interrogó Lederer.

-Y si ustedes permanecen veinticuatro horas más en Asuán, casi seguro que recibirán su visita. Ellos vienen andando con Altavirt.

-¿Eh?

-Altavirt es el robot. Las «momias» que nos dieron aquel tremendo susto también eran robots. Hace miles de años, si nos atenemos a la teoría de ustedes, esos robots fueron envueltos de vendas engrasadas y guardados cada uno en un sarcófago de piedra. Se les debió confiar una misión, consistente en asustar, alejar del valle o aniquilar a posibles y futuros invasores. Eran robots completamente automáticos, listos a actuar en cualquier instante apenas recibieran una orden. Mas para actuar en el momento oportuno, esos perros guardianes habían de tener a alguien que impartiera órdenes. Barach era el guardián. Antes que él lo habían sido sus padres y sus abuelos. Por lo tanto, el viejo loco conocía la existencia de las momias de acero, así como su poder destructor y la forma de desatar ese poder.

-Yo creo más bien que era un viejo ignorante.

-No tan ignorante como aparentaba. ¿Saben que la chica fue a estudiar a Cambridge? También el viejo sabía inglés. Los guardianes de Altavirt estaban al tanto de los últimos acontecimientos mundiales. Eran personas cultas y resueltas. Tenían una misión que cumplir: guardar el secreto de la existencia de aquellos robots. Y poseían conocimientos suficientes para poner en marcha una máquina gigantesca, enormemente complicada, la cual ha conservado durante milenios su increíble capacidad para mantenerse en forma, lista para actuar en cualquier instante. Fue Barach quien envió una de las «momias» a sembrar la confusión en nuestro campamento. Primero estropeando uno de mis helicópteros. Dos noches después, atacando y matando a Reeder.

-La puerta de la necrópolis estaba cegada. ¿Cómo pudieron salir las

momias?

-Debía haber otra salida secreta. O bien es más probable que Barach tuviese otro de esos robots destacado en un lugar accesible como centinela. De cualquier forma, Barach estaba en contacto con sus máquinas infernales. Desde el templo, por aquella trapa oculta bajo la losa, tenía acceso al intrincado mecanismo de Altavirt y al sótano bajo la montaña. Altavirt ha debido desempeñar el papel de padre de los robots menores, las «momias». Todas las órdenes ejecutadas por las «momias» fueron impartidas desde un centro nervioso situado en el férreo corpachón de Altavirt. Por control remoto, por radio y puede que incluso a través de la televisión, Barach guiaba a las «momias» y les daba sus órdenes. Ayer, las «momias» recibieron una orden terminante, exterminarnos. Nosotros habíamos penetrado un secreto que debía seguir oculto, y por lo tanto teníamos que ser eliminados como testigos. La puerta atorada impidió a los robots salir con toda la rapidez necesaria. La voladura de la montaña les dejó encerrados. Luego ocurrió el deslizamiento de tierras que puso en escena a Altavirt. Ahora, Barach tripula el robot gigante. Está enfermo y delira. También está furioso. Altavirt, al igual que un perro rabioso, se lanza en busca de algo que destruir...

-¡Y viene por el río hacia aquí! -exclamó Lederer palideciendo.

-¡Tenemos que detener a ese loco! -exclamó Caldwell.

Spence asintió con la cabeza.

-La pregunta es ésta: ¿Cómo se le puede detener?

CAPÍTULO VIII

John Spence daba fin a su cena en un rincón del desierto comedor cuando entró la señorita Bourke.

Después de mirar en torno y vacilar unos instantes, la joven se dirigió al rincón donde estaba Spence y tomó una silla. John no se acordó de aquella regla de cortesía que le obligaba a ponerse en pie, hasta que la muchacha ya se estaba sentando.

-¡Oh, discúlpeme!

-No tiene importancia -dijo ella con acidez-. Después de todo, no soy una dama.

-¿Cómo es una dama?

-Bueno, quiero decir... Usted ya me entiende.

-En efecto, creo que la entiendo. No ha podido olvidar todavía lo que le dije allá en aquella necrópolis llena de ataúdes... ¿o fue antes de entrar?

-Fue antes de entrar -contestó la muchacha con sequedad.

-¿Se molestó porque dije que su lugar estaba en una mesa de oficina, ante una máquina de escribir?

-No, eso no me molestó tanto como el hecho de no haber podido disimular que realmente soy una chica de la clase baja. Había llegado a creer que bastaba con vestir unos trapos bien cortados y asumir el aire aburrido de una millonaria para aparentar una posición y una educación que no son las mías verdaderas.

-¿Es usted taquimeca?

-Sí.

-Bueno, ¿y qué hay de malo en ello?

La chica no tuvo oportunidad de contestar. En este momento se acercaba un camarero. Escogió una cena ligera. Después de marcharse el camarero, Spence dio un nuevo giro a la conversación al preguntar:

-¿Dónde está el señor Busch?

-¡Oh, él sigue dando vueltas en la cama intentando dormir! Yo conseguí dormirme alrededor de las cuatro, pero Busch sigue luchando con su insomnio según acabo de saber.

-Tal vez sufra pesadillas.

-Sí, es posible, no me extrañaría -dijo la chica adelantando su labio inferior despreciativamente-. El valor no es la virtud más sobresaliente de Noel. Fue el primero en echar a correr cuando se presentó el peligro... al revés de usted, que se quedó el último y arrostró un riesgo al volver para poner aquella carga de explosivos.

-¡Por favor, va a conseguir que me ruborice! -protestó Spence.

Ella le miraba ahora con fijeza casi absorta.

-Usted es de la clase de hombres que nunca se arredran por nada, ¿no es

cierto?

-¿Se figura usted que no sentí miedo? Pero me lo aguanté. Tenía que cegar aquella maldita puerta para impedir que aquellos demonios salieran fuera y nos hicieran pedazos.

-Supongo que el valor consiste precisamente en eso; en saber aguantar el miedo y no dejarse avasallar por él. Yo también estaba muy asustada.

-Y se portó valientemente. Creo que Busch no la merece a usted. No imagino que puedan congeniar.

-Es cierto, no congeniamos.

-Pero él tiene dinero... o va a heredarlo de su tío, que es lo mismo.

Spence comprendió que había cometido una indiscreción al ver enrojecer el bello rostro de la chica. Ella bajó los ojos hasta el plato que el camarero le ponía delante.

El camarero dijo:

-Su conferencia con Port Said está lista, señor Spence. Si quiere ponerse al aparato...

John se levantó murmurando una excusa, abandonó el comedor y pasó a la cabina telefónica en el vestíbulo. Norma, como era natural, ya no se encontraba en la oficina. Tuvo que llamar a su casa. Cuando finalmente Norma contestó, John se encontró sin saber cómo empezar.

Entre balbuceos fue dando poco a poco la noticia... y nunca el tiempo le pareció más largo que aquel breve minuto que Norma permaneció muda después de recibir la trágica comunicación.

Al volver al comedor minutos después, John encontró vacía la silla donde había dejado a Rumer Bourke.

-La señorita volvió a su habitación -comunicó el camarero mientras retiraba la cena que la chica apenas había tocado.

También Spence subió a su cuarto, pero no pudo conciliar el sueño. El calor era bochornoso y los mosquitos zumbaban como aviones de caza por toda la habitación. Finalmente, después de las dos de la madrugada, se levantó y se vistió, abandonó el cuarto y salió a pasear por la larga y desierta pista de cemento del aeródromo.

El paseo le llevó hasta las primeras casas de Asuán. Con gran sorpresa advirtió que la ciudad entera estaba en pie, las casas abiertas, las ventanas iluminadas y las calles llenas de gente apresurada...

Por las ventanas caían a la calle colchones y fardos de ropa. Pasaban carretas de bueyes cargadas de muebles y ajuares. Gritos, llamadas, confusión y desorden...

Preguntó a un nervioso policía. La respuesta fue concisa:

-La gente huye del monstruo que viene por el río.

Ésta era, pues, la razón del pánico. La noticia se había difundido con rapidez eléctrica y el peligro adquiría proporciones desmesuradas en la

credulidad de aquellas gentes ignorantes.

John continuó adelante entre la confusión hasta el cuartel de policía. Encontró al capitán Musselmah hecho un manojo de nervios, sudoroso, despeinado y con la corbata colgando como un trapo fláccido y arrugado. Sus subordinados iban de un lado a otro sin dar pie con bola, más aturrullados cuanto más gritaba su superior.

-¿Cómo se difundió la noticia? -preguntó Spence.

-¿Y quién lo sabe? Demasiada gente estaba al tanto de lo que ocurría. Ustedes, los obreros que vinieron del valle... nadie se ha privado de charlar y abultar la noticia. El pánico ha hecho presa en la población... tengo un motín en la estación, donde el público asalta los trenes... los obreros de la presa abandonan en masa el trabajo...

-¿Qué disposiciones ha tomado el gobierno?

-¡Ah, el gobierno! Hablé y hablé hasta quedar ronco y temo que nadie me creyó. Dijeron que enviarían una escuadrilla de reactores al amanecer para buscar al gigante. A propósito, le incauto a usted sus aparatos. No podrá abandonar la ciudad ni tomar ninguna decisión sin mi consentimiento y previo conocimiento.

-Mis aparatos y mis hombres estamos a su servicio para lo que podamos ayudar.

-Vuelva al aeródromo y quédese allí junto a sus helicópteros.

Spence cumplió esta orden.

En el aeródromo también empezaba a cundir el pánico. Antes que todos los servicios fueran abandonados, John se ocupó de reabastecer sus aparatos de combustible. La luz del alba se difundía por el cielo estrellado cuando se presentaron Hunt y Walker.

-¿Qué demonios ocurre? ¿A qué viene tanto trajín?

John les explicó lo que ocurría. Poco después escuchaban el poderoso aullido de unos aviones a reacción. Una escuadrilla de cuatro «MIG 15» de fabricación soviética pasó a baja altura sobre el campo y se alejó en dirección sur.

Poco después que los aviones hubieran pasado se vio llegar una caravana de «jeeps» y camiones llenos de soldados que venían a ocupar el aeródromo. Fue una medida muy oportuna, porque el personal del aeródromo ya estaba haciendo preparativos para desertar llevándose todos los vehículos disponibles.

La tropa, que constituía la guarnición de Asuán, invadió el hotel y despertó con su trajín al grupo del profesor Caldwell. Un coronel joven y muy activo tomó el mando del aeródromo y envió soldados a custodiar los helicópteros.

Puesto que ya no tenía que vigilar sus propios aparatos, John fue a la torre de vuelos del aeródromo, donde funcionaba la emisora de radio. Allí

conoció al coronel Barzuan. Cuando Spence llegó reinaba una atmósfera de tensión en la torre de vuelos. El radiotelegrafista trataba de comunicar con El Cairo y lo consiguió poco después. Spence supo con asombro que se había perdido todo contacto con los reactores después que éstos anunciaron haber avistado al robot gigante a unos 200 kilómetros al sur de Asuán, a lo largo del Nilo.

Poco después entraban en la torre de vuelos míster Lederer y su sobrino.

-¿Qué ocurre aquí? -preguntó Lederer.

Se le notificó lo que pasaba. Lederer protestó de la incautación de los helicópteros, que él tenía alquilados. Barzuan se mostró enérgico.

-No tienen nada que temer por el momento. Si hubiera señales de peligro les evacuaríamos por tierra. Además, es casi seguro que pronto llegarán otros aviones. Vuelvan al hotel y quédense tranquilos.

Alrededor de las diez comunicaron de El Cairo. Iban a enviar otra escuadrilla de reactores, esta vez con proyectiles cohete para atacar al monstruo de acero.

Los reactores tardaron una hora en llegar. Pasaron a baja altura sobre Asuán y se alejaron hacia el sur, estableciendo contacto con la torre del aeródromo. A partir de este momento, Spence estuvo pendiente de la radio y la charla de los pilotos en vuelo.

El comandante de la escuadrilla comunicó quince minutos después:

-«¡Atención, avistamos el robot! Se encuentra ahora a sesenta kilómetros según nuestro radar... ganamos altura para picar en cuanto le descubramos.»

Segunda comunicación:

-«Objetivo a la vista. Entramos en picado para atacar... ¡Atención, un rayo plateado se proyecta desde la cabeza del robot... son dos los rayos...! ¡Dos de los aparatos explotan en vuelo! ¡Virar a la derecha... cuidado con esos rayos...! ¡Cui...!

La radio había enmudecido de pronto.

El coronel Barzuan levantó su pálido rostro para cruzar una mirada con Spence.

-Usted que ha visto de cerca a ese monstruo... ¿cuál puede ser la naturaleza de esos rayos destructores?

-Lo ignoro. Sólo sé que otros robots menores utilizaron algún medio para fundir el acero de una puerta allá en el valle donde les descubrimos.

Poco después la torre de vuelos de Asuán comunicaba a El Cairo el desastroso fin de la segunda escuadrilla.

A las doce tomó tierra en Asuán un reactor «Caravela», requisado por las Fuerzas Aéreas egipcias. Varios generales y coroneles saltaron del avión y se dirigieron al hotel. Barzuan fue a reunirse con ellos. Una hora

más tarde llegó un comandante de las Fuerzas Aéreas en busca de Spence.

-Uno de sus helicópteros va a llevarnos hacia el sur hasta encontrar el robot. Queremos ver cómo es y, si es posible, tratar de descubrir sus medios de ataque y defensa.

-¿Saben que nos exponemos a morir achicharrados por esos rayos que destruyeron a los cazas? -contestó John.

-Correremos ese riesgo.

-Y yo también, eso es lo malo. No voy a mandar a mis hombres a que se expongan encontrándome yo aquí.

El «Bolster» ya tenía el motor en marcha, John esperaba sentado a los mandos cuando llegaron un joven general de aviación y el mismo comandante que fuera a buscar a Spence.

El aparato remontó el vuelo y arrumbó al sur sobre el río. Por medio de la radio estaban en contacto con la torre de vuelos del aeródromo de Asuán. Además de esto, John estaba en comunicación telefónica directa con el general.

-Vuele cuan bajo pueda para evitar esos rayos del robot -dijo el general.

John contestó:

-Estimo mi propia vida tanto como usted la suya, mi general. No soy un novato. He peleado en Corea con una escuadrilla de helicópteros y conozco mi oficio.

-Mucho mejor. Así estamos de suerte -contestó el general.

Volando despacio, dando algunos rodeos en ocasiones para utilizar las montañas como escudo, el helicóptero tardó una hora en avistar al gigante. Por orden del general, John retrocedió hacia el norte y tomó tierra al otro lado de una colina que se interponía entre ellos y el río.

-Desde aquí podremos ver lo que ocurre cuando lleguen nuestros bombarderos -dijo el general.

Llevando un par de binóculos treparon hasta la cima de la colina y se tendieron de bruces. Transcurrió media hora hasta que vieron aparecer al gigante que venía con su largo y acompasado paso buscando el camino más accesible a lo largo del Nilo. Una hora después, el gigante se encontraba a sólo 300 metros de distancia y seguía avanzando sin producir ruido.

Visto a esta distancia era algo que infundía pavor.

Unos minutos después, el monstruo pasaba por delante de los observadores a menos de 100 metros de distancia. En este momento vieron cómo las antenas de cada lado de la cabeza del robot se movían apuntando al horizonte.

-¡Ha detectado los aviones! -exclamó el comandante.

-¡Eh, miren! -gritó John, excitado.

De cada uno de los dos tubos frontales del monstruo se proyectaba al espacio un rayo plateado, levemente perceptible a la luz del sol. Los rayos

iban casi en línea horizontal a perderse en el lejano confín del horizonte.

No ocurrió nada.

-¿Habrá alcanzado a los aviones? -murmuró el comandante.

-Si es así, no podremos combatir al monstruo por el aire -dijo el general-. Su radar detecta nuestros aviones apenas asoman por el horizonte. Esos rayos habrían de tener un alcance de al menos cien kilómetros para destruir a los aviones cuando éstos aparecen en la pantalla de radar.

El robot se alejaba dando zancadas. Los observadores regresaron al helicóptero. Desde la torre de vuelos de Asuán comunicaron que los dos bombarderos habían sido destruidos en el aire cuando volaban a doce mil metros de altura y se encontraban a 100 kilómetros del robot.

Volando a ras de tierra y dando un largo rodeo para evitar el radar del robot, Spence regresó a Asuán. La ciudad estaba desierta y los trabajos se habían suspendido totalmente en la presa en construcción.

John no estuvo presente en la entrevista de los generales, pero la consternación de éstos debía ser grande ante el fracaso de sus tres intentos por atacar al robot. A las cuatro de la tarde se dio orden de evacuar Asuán. Sólo iba a quedar en la ciudad una batería de cañones emboscada para tratar de destruir al monstruo. El coronel Barzuan quedaría al mando de esta reducida fuerza.

Los camiones salieron repletos de soldados. El grupo de míster Lederer recibió permiso para utilizar uno de los helicópteros en su huida, pero sólo hasta una aldea llamada Durff, 300 kilómetros más cerca de El Cairo.

En Durff había un campamento militar y un aeródromo de pistas de tierra donde sólo podían aterrizar aviones de hélice pequeños. La agitación, el continuo movimiento y la propia excitación recordaban a Spence los días de la guerra en Corea, cuando las Naciones Unidas se retiraban presionadas por el avance de los chinos.

Todo el mundo parecía fuera de sí.

John creía que en Durff le dejarían tranquilo, pero no fue así. A la caída de la tarde le llamaron para llevar a un general a Asuán. Le dijeron que la artillería, reforzada con piezas transportadas por avión aquella misma tarde, iba a dar la batalla al monstruo en Asuán. Se hacía imprescindible la presencia de un general allí.

En el abandonado aeródromo de Asuán, un tetramotor estaba echando a tierra una plataforma lanzadora de proyectiles cohete. Era casi anochecido cuando John trasladó en su helicóptero al general hasta las baterías apostadas tras las lomas cerca del río.

-Busque un lugar abrigado, no demasiado lejos, para esconder el helicóptero.

El granero de una granja abandonada cerca del río bastó para alojar el aparato con la ayuda de los artilleros. También allí cerca había apostada

una batería de cañones.

La noche cayó con su manto oscuro sobre el río. Poco después se recibió una llamada telefónica en el puesto de mando de la batería.

El robot se acercaba a la ciudad y estaba siendo espiado por el radar. Los jefes de batería estaban recibiendo constante información acerca de la distancia y la dirección del blanco. Los cañones se movían cada cinco minutos rectificando el ángulo de tiro.

La luna no quiso perderse el espectáculo y asomó tras el horizonte. Entonces pudieron ver la formidable mole de acero moviéndose pausadamente a lo largo del río. Había dado un rodeo para evitar la presa y marchaba hacia la ciudad.

Llegó la orden:

-¡Fuego con todas las piezas!

Una línea de llamas y un estruendo de cañonazos rasgaron el silencio de la noche. Provisto de unos prismáticos, Spence asistió al fantástico espectáculo. Las granadas rompieron contra el pecho y las piernas del monstruo. Éste pareció arder de arriba abajo en mitad de un infierno de explosiones.

La respuesta llegó inmediata. Dos dardos de luz plateada barrieron el espacio buscando las ocultas baterías. John se agazapó detrás del montículo que le servía de atalaya. Uno de aquellos rayos pasó sobre su cabeza, tocó uno de los cañones que estaban a cien metros de distancia...

La pieza se puso al rojo y al instante, se dobló como si fuera de cera y quedó inservible, medio derretida.

No ocurrió lo mismo con los cañones cargados ni con las municiones amontonadas junto a las piezas. Unos y otras estallaron con fragor que hizo retemblar el piso.

Moviéndose con diabólica rapidez, aquel par de dardos saltaban como espadas flamígeras destruyendo cuanto rozaban. Las explosiones levantaban piedras y tierra y los hombres rodaban con las ropas envueltas en llamas.

En cinco minutos dejaron de disparar los cañones. El robot siguió adelante y entró en la ciudad. Las casas se derrumbaban ante sus enormes pies. El paso del monstruo quedó marcado por un rastro de ruinas. La pretendida destrucción del coloso había terminado en un desastre.

Al amanecer, John aterrizaba en Durff acompañado de un general convertido en un manojo de nervios.

Aquel día fue cuando se decidió pedir ayuda a la Sexta Flota de los Estados Unidos, varias de cuyas unidades estaban surtas en Alejandría.

El robot se había convertido en una pesadilla y una amenaza para el país.

Desde por la mañana empezó a llegar a Durff un enjambre de

periodistas y corresponsales de todo el mundo. John recibió tentadoras ofertas para volar hasta encontrar al robot y deparar a los fotógrafos la oportunidad de sacar algunas fotografías.

John se excusó alegando que estaba requisado por el Ejército, como, en efecto, así era.

Aquella tarde John fue llamado a presencia del general Mohad de las Fuerzas Aéreas.

-Usted y yo vamos a volar a Asuán -dijo el general.

-¿Otra vez a Asuán? ¿Qué nos queda por hacer allí?

-Hemos de terminar con ese monstruo antes que alcance las regiones más pobladas de la costa y nos sea imposible atacarle con el único medio capaz de detenerlo. Los americanos van a traer una bomba atómica por avión hasta el aeródromo de Asuán, que es el único cercano capaz de recibir un transporte a reacción. Sus helicópteros son los únicos con capacidad suficiente para trasladar la bomba desmontada hasta un paraje desértico que suponemos ha de pisar el robot. Enterraremos la bomba, y cuando pase el robot la haremos estallar por control remoto.

-Espero que al menos eso sea capaz de detenerle.

Los dos helicópteros volaron en la oscuridad hasta Asuán, dando un rodeo para evitar al robot, que seguía su imperturbable avance por el río. El aeropuerto de Asuán no había sufrido daños. Poco antes de la medianoche tomó tierra el «Globe Master» de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que transportaba la bomba atómica.

El sistema de preparar una trampa al robot parecía el más rudimentario, pero era el único eficaz. Los americanos temían que cualquier proyectil cohete que se disparara contra el robot sería destruido en el aire por los mortíferos rayos del monstruo.

Al amanecer el nuevo día, Spence se encontraba en un solitario paraje contiguo al río viendo cómo los técnicos americanos hacían descender el enorme artefacto hasta el fondo de un hoyo excavado en la arena. Se contaba que la explosión contaminaría las aguas del Nilo haciendo éstas radiactivas y causando elevados daños, pero no había otra forma de detener al monstruo.

Detrás de una lejana colina, otros técnicos montaban un detector de radar.

La operación se terminó al mediodía, cuando el robot se encontraba a sólo 80 kilómetros de distancia. Los helicópteros regresaron a Durff con los técnicos y los generales. Era desde aquí de donde se haría estallar la carga nuclear.

Aquella tarde, en un pabellón de madera recalentado por el sol, una veintena de hombres, entre ellos Spence, sudaba mientras esperaba con el aliento contenido, mientras dos oficiales americanos estaban ante dos

aparatos. Uno era un receptor de radio, y el otro un transmisor.

En el agobiante silencio de aquella barraca percutía el tintineo del radar. Uno de los oficiales iba diciendo en voz alta:

-Cien metros... cincuenta... veinte... diez...

Con el pensamiento, Spencer veía al coloso de acero avanzando bajo el demoledor sol del desierto, ajeno a la trampa mortal que iba a saltar bajo sus pies.

-¡Cero!

El segundo oficial oprimió un botón.

-¡Fuego!

Hubo una estampida general hacia la puerta del barracón. Con la mano sobre los ojos a modo de pantalla, los hombres esperaban anhelantes.

Un segundo sol, un brillante globo de fuego, estalló allá en los confines del horizonte. El globo se elevó en el espacio y formó un hongo gigantesco desde el cual se desprendían partículas incandescentes.

Un viento abrasador llegó a través del desierto empujando una gigantesca nube de polvo. Esa nube envolvió al campamento mientras el eco de una formidable explosión llenaba los oídos y la boca...

Un avión observador de las Fuerzas Aéreas estadounidenses voló una hora más tarde sobre el lugar de la explosión.

«Objetivo destruido», comunicó lacónicamente.

Se supo después que al mismo tiempo que era aniquilado el robot, había tenido lugar una segunda explosión atómica 300 kilómetros al sur de Asuán. Una montaña entera voló en fragmentos y en su lugar quedó un enorme embudo.

Allí había estado la tumba de Altavirt. El origen de aquella máquina monstruosa volvía a caer en el profundo misterio de lo desconocido.

* * *

Dos semanas más tarde, desde el muelle de Port Said, John Spence asistía, con expresión seria, a la partida del trasatlántico «Corfú» en viaje a Gran Bretaña. Ya habían sonado los toques reglamentarios de sirena y la pasarela estaba siendo retirada.

Desde una de las cubiertas superiores, míster Lederer y el profesor Caldwell veían con expresión aburrida cómo se desarrollaba la operación de levar anclas. Pero por más esfuerzos que hacía no alcanzaba John a ver la esbelta figura de Rumer Bourke en ninguna de las cubiertas.

Puesto que tampoco era visible Busch, Spence hubo de pensar con tristeza que acaso los dos novios estuvieran amartelados encaramados a las altas banquetas del bar del barco...

Alguien tocó suavemente a John en un hombro. Se volvió.

-¡Señorita Bourke!

Era ella la que estaba ante él sonriéndole. A su lado, en el suelo, descansaba una maleta.

-¿Cómo está aquí? ¡Va a perder su barco!

-Ya lo he perdido -contestó la muchacha sonriendo-. De toda intención.

-No le comprendo. ¿Y Busch? ¿Se quedó también en tierra?

-¿Lejos de los millones de su tío? ¡Oh, no! Supongo que estará consolándose en el bar. He roto con él.

-¡Vaya! ¿Y eso por qué?

-He comprendido que tenía usted razón. Mi puesto está detrás de una máquina de escribir. A propósito. ¿No tiene usted una plaza vacante de mecanógrafa en su oficina? Creo recordar que la viuda de su piloto regresó a los Estados Unidos...

John la miró maravillado. Luego sonrió, se inclinó y levantó la maleta del suelo.

-Venga conmigo. Voy a darle una plaza mejor que la de secretaria.

-Le advierto que me conformo con cualquier cosa.

-¿Me conceptúa a mí cualquier cosa? Sepa que tengo en marcha un próspero negocio de helicópteros, que soy dueño de cuatro de estos últimos aparatos y acabo de adquirir otros dos de más potencia... de los que he pagado ya sesenta mil dólares por anticipado. Soy joven y no del todo feo. No soy «cualquier cosa», se lo aseguro. Soy un buen partido para la chica que acepte casarse conmigo... y le voy a proponer a usted una plaza de esposa.

Rumer Bourke no acertó a contestar. Sus lindos ojos estaban húmedos de lágrimas.

De pronto se levantó sobre las puntillas de los pies y le besó en los labios. Ya iba a separarse del piloto cuando se vio cercada por los brazos de éste. La maleta volvió al suelo y Rumer, la chica taquimeca que acababa de dejar un «buen partido», se sintió estrujada y besada de la forma más brutal e inesperada.

Cerca de allí, un elegante caballero les miraba pensativamente y miraba al barco.

Nunca supo si la pareja celebraba una bienvenida o una despedida.

FIN

Precio: 7 pesetas.